

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 291.

Administración general, passage Saulnier nüm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Fuad-bajá; grabado. — No hay culpa sin pena. — Los presidentes en Francia; grabados. — Revista de París. — La salvación. — Inauguración y consagración de la iglesia de san Isaac en San Petersburgo; grabado. — La feria de las vanidades. — Incendio del teatro de Palma (islas Baleares); grabados. — La exposición de Dijon; grabado. — Boletín científico. — Ferrocarriles españoles; grabados.

Fuad-baja.

Fuad-bajá, cuyo retrato damos en esta página, fué primeramente Fuad-Effendi, y con este nombre ha sido enviado de comisario á los Principados hará unos diez años. En su misión se hizo notar por su elevada inteligencia y por sus ideas conciliadoras.

Después fué enviado á Rusia y á las provincias griegas de la Turquía. — Ministro de Negocios extranjeros cuando la embajada de Menschikoff en Constantinopla, debió presentar su dimisión porque el almirante ruso no quiso visitarle. — Posteriormente fué llamado en varias ocasiones á ocupar ese puesto de ministro de Negocios extranje-



FUAD-BAJA, KIALIB-EFFENDI DEL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE LA PUERTA OTOMANA Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO EN LAS CONFERENCIAS DE PARIS.

ros, y en último lugar ha sido enviado como representante extraordinario en Paris, donde una enfermedad, á la que se han atribuido causas muy distintas, le impidió durante algunos dias el tomar parte en las conferencias.

Las sesiones de los representantes de las potencias tienen lugar en Paris con el mayor secreto. Nada se ha traslucido aun de sus deliberaciones sobre el arreglo del asunto de los Principados, objeto de sus reuniones.

Sin embargo, de Constantinopla se reciben noticias mas ó menos exactas sobre los trabajos de los plenipotenciarios y segun ellas, se habia tomado ya una resolución sobre un punto importante de la organización de los principados danubianos, la unidad legislativa de las dos potencias; pero esta resolución se habria modificado luego. La conferencia habria vuelto á la idea de la creación de un senado común pero extendiendo los poderes de los boyardos sobre esa asamblea á fin de asegurar mejor el sostenimiento de las deliberaciones en los límites legales. Esta decisión no habria encontrado mas que un adversario, el representante del Austria.

E. P.

NO HAY CULPA SIN PENA.

NOVELA ORIGINAL.

POR LA

SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuación.)

VII.

Largo rato permaneció el joven coronel observando á su encantadora vecina: todo hablaba en aquella humilde morada á su corazón apasionado y sencillo á la par; aquella mujer de aspecto enfermizo y apacible, aquellos muebles anticuados y oscuros, aquellas blancas cortinillas, aquellas pequeñas ventanas, una de las cuales estaba adornada por dos pobres y lozanas macetas; y mas que nada aquella niña tan bella, dulce y resignada que bordaba incesantemente en una habitación insalubre y falta casi totalmente de luz. Arturo contemplaba sus ojos, en los cuales el trabajo y las vigiliadas habían dejado el ancho círculo azul que los rodeaba; su tez, pálida por las privaciones y la fatiga; su boca tan preciosa y tan triste; sus facciones, en fin, tan bellas, dulces y expresivas; y se preguntaba si no sería mejor que Regina arrojase á los pies de aquella adorable imagen del sufrimiento su corona de marquesa.

La palidez de la joven Eugenia era aquel día mas intensa que el anterior; de vez en cuando alzaba la cabeza de su bordado y se detenía pasándose la mano por la frente con una dolorosa expresión de padecimiento y de fatiga.

Hubo un instante en que volvió los ojos á la puerta, atraída por el ruido de unas pisadas que se aproximaban, y al ver á su hermano sonrió violentamente.

Peró la presencia de aquel hermoso joven hizo que saltara en su pecho el corazón de Arturo herido súbitamente por el aguijón de los celos: acercóse este mas á la ventana y pudo oír algunas palabras que bastaron para tranquilizarle.

— ¿Cómo estás, mamá? preguntó el joven aproximándose á la infeliz tullida.

— No muy bien, hijo mio; contestó esta con débil y cascada voz: he pasado una noche malísima y se la he hecho pasar peor á tu pobre hermana.

— ¡Dios mio, qué pálida estás, Eugenia! exclamó Justino fijando sus negros ojos en el abatido semblante de la niña.

— ¡Deja ese bordado, hija mia! dijo á su vez la enferma; es imposible que hoy puedas trabajar.

— ¿Porqué, mamá? ¡Si estoy como siempre! aun dormí tres horas á la madrugada cuando tú quedaste en reposo.

Eugenia mentía generosamente: ni siquiera había cerrado los ojos en toda la noche, y antes de amanecer se había levantado á trabajar.

— ¿No me habeis oído cantar? continuó dirigiéndose á su madre y á su hermano: nunca he estado tan contenta como hoy.

— ¡Tú cantarás cuando mueras, dulce jilguero mio! murmuró la señora de Rivera con ese lenguaje poético que solo saben usar las madres.

Estas palabras fueron seguidas de un agudo grito de Justino que se precipitó á sostener el cuerpo de su hermana: la pobre niña agoviada por muchos meses de fatiga y de extremado trabajo, acababa de perder el sentido, y hubiera caído al suelo á no haberla sostenido su hermano.

— ¡Dios mio! Yo soy la causa de que mis pobres hijos se maten á fuerza de miseria y de trabajo! exclamó la enferma por cuyas demacradas mejillas se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Justino tomó á Eugenia entre sus brazos y la condujo á su lecho.

Un pensamiento rápido atravesó por la mente del joven coronel: dirigióse á su cuarto, se envolvió en una capa, cubrió su cabeza con un sombrero de anchas alas, y tomando un bolsillo lleno de oro salió á la calle.

Dió la vuelta al palacio de Villalta, y entrando en la callejuela penetra en la casita cuya puerta estaba entornada.

Subió la escalera con el corazón palpitante y entró en la estancia en que la pobre parálitica lloraba silenciosamente.

— Tomad, señora; dijo poniendo en la única mano que tenía libre la señora de Rivera el bolsillo lleno de oro: tomad... esto es vuestro... os pertenece...

— ¡Dios mio! Yo no sé... ¿Quién sois, caballero?... balbució la enferma.

— Un deudor de vuestro esposo, contestó Arturo saliendo precipitadamente de la estancia.

— ¡Ah! ¡Dios sea bendito! exclamó la parálitica. ¡Su bondad nunca desampara á los que esperan en él!

VIII.

Al día siguiente y á la hora misma que había prefijado Regina á su doncella, entró esta en el cuarto de aquella.

La hija de los marqueses de Villalta acababa de despertarse y estaba entregada á esa dulce vaguedad que precede y sigue al sueño: con los cabellos sueltos y sus grandes ojos entornados, se asemejaba á la estatua de la molición y de la pereza.

— ¡Ah! ¿Eres tú, Flavia? murmuró dando una media vuelta y acabando de abrir sus ojos para fijarlos en el semblante de la linda camarera; dame una bata.

Flavia trajo una de batista blanca guarnecida de encajes y forrada en raso color de rosa, y envolvió en ella á su señora: luego encerró sus diminutos pies en unas babuchas de tafete rosado bordadas de plata, y esperó á que Regina la diese sus órdenes.

Esta se acercó á un armario de concha con embutidos y cerradura de plata, le abrió y sacó de él una pieza de batista, semejante en lo fino á la espuma del mar.

— Toma, Flavia; dijo á la camarera: vé á la casita de enfrente y da á la joven bordadora esta tela de parte mia, encargándola que corte de ella y borde dos peinadores y haga de la que sobre algunos gorros y pañuelos; toma tambien este bolsillo y págala su trabajo adelantado, diciéndola que cuando se acabe venga á buscar mas labor.

Flavia se inclinó, salió, y Regina fué á apoyarse pensativa en la ventana.

En la de la casita adornada de macetas vió la hermosa y grave figura de Justino, que sentado junto al alfeizar apoyaba en él el codo y la cabeza en la palma de su blanca y pálida mano: su fisonomía estaba alterada por una expresión de profunda pena.

Regina clavó con hondo ahan su mirada en aquella bella y abatida figura: un subido carmin coloreó su frente, y sus grandes y arrogantes ojos tomaron por la vez primera de su vida un sello de dulce melancolía.

— ¡Oh! ¡qué hermoso es! murmuró juntando con fuerza las manos sobre su pecho y como contestando á sus propios pensamientos.

En aquel instante alzó Justino la cabeza y su mirada se fijó en Regina: la joven, envuelta en su rosada bata, con sus espléndidas trenzas negras sueltas sobre la espalda, con su magnífica belleza realzada por una expresión apasionada y tierna, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, se asemejaba á una aparición divina.

Justino la contempló con muda sorpresa durante algunos instantes con el mismo arrobamiento con que contemplaría un infeliz cautivo al objeto de su primero y dichoso amor.

Mas de súbito se volvió rápidamente, y Regina colóbrase en la pobre salita la esbelta figura de Flavia.

El corazón de la joven marquesa de Villalta empezó á dar violentos latidos y aplicó el oído con ahan para oír la voz de Flavia que sonaba en aquel instante.

— ¿No está la señorita Eugenia? preguntó con la dulce política que la hacia apreciable á pesar de sus innumerables defectos.

— Mi hermana está enferma; contestó Justino gravemente.

— Quería encargarla un trabajo de parte de mi señora, repuso Flavia.

— Ya os he dicho que está enferma.

— Le dejaré, sin embargo, para que se ocupe de él cuando esté buena, y pagaré su importe porque así me lo ha ordenado mi señora.

— ¿Quién es vuestra señora? preguntó Justino, cuyas bellas facciones se enrojecieron con un noble rubor.

— No la conocéis, caballero.

— Pues decid á vuestra señora, sea quien quiera, que mi hermana no cobra trabajos que quizá nunca podrá ya desempeñar.

Al decir estas palabras señaló Justino la puerta á Flavia que salió confusa, á pesar de que muy pocas cosas alteraban su frescura de camarera.

Justino, con o para consolarse de la mortificación que acababa de sufrir, se volvió á Regina para contemplarla de nuevo con silenciosa adoración.

— Sus ojos decían en su mudo y elocuente lenguaje:

— ¡Consuéname tú de todos los sufrimientos de mi vida!

— ¡Vete! ¡vete! murmuró Regina en voz baja, pero imperiosa, á Flavia que entraba en aquel momento en el cuarto de aquella. ¡Que no te vea! ¡Que nunca sepa que yo fui la que te envié á herir su noble orgullo!

La camarera se retiró llevando en sus labios una maliciosa sonrisa.

— ¿Qué saldrá de aquí? se preguntó cuando estuvo fuera del aposento de Regina: yo no lo sé, pero allá veremos: entre tanto, guardaré para mí el bolsillo lleno de plata y la pieza de exquisita batista que la señorita enviaba á la bordadora y que se ha olvidado de pedirme.

IX.

Algunos días despues de las escenas que acabo de referir, y en una calurosa noche de julio, Regina apoyada en la ventana de su dormitorio, clavaba con mas ahan que nunca sus negros ojos en la pobre casita que habitaba la familia de Rivera.

Un rayo de luna blanco y purísimo bajaba del firmamento al oscuro callejon, é iba á quebrarse en las pequeñas ventanas de la casita dejando en tinieblas las ventanas del palacio.

Diríase que el astro de la noche quería alegrar la pobreza y huir de las ostentosas colgaduras de los marqueses de Villalta.

El palacio permanecía cerrado, excepto la ventana del aposento de Regina: en ella, y como una marmórea elígie engastada en un marco negro, se destacaba la deliciosa figura de la joven.

Su belleza habia cambiado enteramente de carácter: el carmin de sus mejillas se habia extinguido: sus labios, de púrpura en otro tiempo, eran ahora rosados, y sus grandes y magníficos ojos habian perdido algo de su poderosa altanería para dar lugar á una expresión mas dulce.

Sin embargo, su frente de mármol conservaba la misma impassibilidad altiva; y en vano era que todo el resto de su fisonomía hubiera dulcificado sus líneas, pues en aquella elevada y poderosa frente estaba escrito con signos indelebles su carácter dominante, orgulloso y avasallador.

En la noche en que la presentó de nuevo á mis lectores, se la hubiera tomado por la estatua de Diana esperando á Endimion. Regina esperaba tambien, y la ansiedad se pintaba en la pasionada mirada que tenia clavada en las ventanas de la casa de enfrente, como si hubieran tenido para ella una invencible atracción.

— ¡Oh! ¡cuánto tarda! murmuró con voz ahogada y cruzando sobre su pecho sus blancas manos que temblaban de emoción y de impaciencia.

Volvió á reinar el silencio; pero el acento de Regina al pronunciar la frase anterior, encerraba un mundo de ideas y de pensamientos.

Y en efecto, la joven habia recordado, al dejarla escapar de sus labios, la metamorfosis que, en el corto espacio de algunos días, se habia operado en todo su ser.

— ¡Ella, ante quien todo se doblegaba, estaba esperando ahora con tan incansable paciencia! ¡Ella, tan altiva, tan indomable, dominada tan exclusivamente por su amor!

Estas reflexiones pasaban por la mente de Regina, sin que en ninguna de ellas se mezclase la imágen de sus padres á los cuales desobedecía y engañaba; y sus ojos no tuvieron una lágrima ni su corazón un pensamiento de piedad para los dos ancianos que la habian consagrado su vida y para los cuales preparaba una vez llena de lágrimas.

Aquella naturaleza, indómita ya de sí, y viciada desde su nacimiento, estaba enteramente dominada por una pasión, fuerte como su alma, dura como su orgullo, é inamovible como sus creencias.

Abrióse por fin una de las ventanas, y la luna iluminó de lleno la pálida y hermosa cabeza de Justino.

— ¡Cuánto te he hecho esperar, Regina mia! dijo con una voz que mas parecia un canto; pero, añadió con tristeza, no podia dejar á mi madre y á mi hermana!

— ¡Qué importa mi impaciencia pasada si al fin logro verte!... dijo Regina con exaltación y sin fijarse un instante en la dolorosa tristeza con que pronunció Justino sus palabras.

— ¡Mi madre se muere! murmuró él en voz queda y miedosa como si temiese oír el eco de sus propias frases.

— Cuando te veo, cuando te oigo, Justino, continuó Regina que habia percibido el acento de su amante sin comprender lo que decía; cuando escucho tu voz, todo lo olvido, si, todo: la esclavitud en que vivo, la continua violencia que tengo que hacerme para no volar á tu lado las horas que te espero ansiosa.

— P-rdóname, Regina: estoy colocado entre el lecho de muerte de mi madre y el lecho de agonía de mi hermana.

— ¡Tu madre! ¡tu hermana! ¡hé aquí los nombres que constantemente opones á mi pasión, Justino! Si tanto las amas, si ellas logran llenar tu existencia, ¿porqué te mostraste á mis ojos para envenenar la mia? ¿Porqué no sellaste tus labios en vez de decirme que me amabas? Yo hubiera muerto antes que confesarte la pasión que me inspirabas, y tú hubieras vivido mas tranquilo, pues para vivir te basta su cariño.

— Regina, ¡me estás desgarrando el corazón! exclamó Justino en cuyas negras pupilas brotó una lágrima arrancada por la fuerza de su dolor. Regina, el amor que no comprende ni consuela las amarguras de la persona amada, que no la alienta á cumplir sus deberes mas sagrados, no es amor, ó si lo es, se asemeja á un torrente devastador que convierte un corazón en yermo. ¡Mi madre y mi hermana... se mueren!...

— Yo no me acuerdo de mis padres, á quienes engañé por tí...

El silencio siguió á estas crueles palabras.

— Háblame, Justino, exclamó la joven torciendo con fuerza sus blancas manos: háblame, aunque sea de tu familia. Oiga yo tu voz ya que me has prohibido que vaya á tu lado... ya que tu voluntad me encadena aquí, donde muero sin tu vista como la planta sin sol y sin ambiente.

Un sollozo seco y profundo fué la única contestación que obtuvo su ruego.

— ¡Ah! ¡cuánto te hago sufrir! gritó con penetrante acento Regina lanzándose á la ventana con los brazos extendidos y con impetu tal que se hubiera creído iba á precipitarse por ella: oye, continuó, oye Justino: vuela ahora mismo junto á mí, yo pondré fin á la miseria que os oprime; soy muy rica, tengo dinero, joyas y objetos de gran valor; yo quiero devolver á tu familia la dicha y el bienestar: la amaré puesto que te pertenece, y tendré por sola recompensa la felicidad de verte y de partir contigo tus pesares y tus alegrías.

— Gracias, Regina, contestó Justino con voz conmovida y triste: jamás será mi amor el que te arrebaté á tus padres y á tu dicha actual para hacerte participar de mis desgracias.

— Pero yo soy muy rica: la fortuna entera de mis padres me pertenece.

— ¡Dios mio! no la arranques nunca semejante creencia; murmuró Justino elevando al cielo una mirada de fervorosa súplica.

Peró las palabras se ahogaron en sus labios. Regina vió pasar una sombra al lado del joven, que por su ele-

vada estatura creyó seria la de un hombre : aquella sombra dijo algunas palabras al oído de Justino, y este, dando un grito penetrante, se lanzó al centro de la estancia.

La sombra desapareció en pos de él.

Regina quedó apoyada en la ventana pálida y temblando : los violentos latidos de su corazón la decían que algo extraordinario pasaba en la casita, y ella sabía que cualquier acontecimiento que tuviera lugar, debía ser bien funesto.

De repente un alharido, en que conoció la voz de Justino, fijó toda su atención.

— ¡Adios, madre mia, adios! gritó este con tan penetrante acento que traspasó el corazón de Regina.

Esta se dirigió presurosa á una escalerilla excusada que habia en su alcoba y que daba á las habitaciones de las camareras.

Regina la bajó y entró en el cuarto de Flavia.

— Vé á buscarme la llave del postigo; la dijo Regina con voz ahogada.

— Señorita, la tiene Juan en su cuarto.

— Pues la necesito.

Flavia bajó á la portería y se apoderó de la llave de la puerta pequeña del palacio que estaba pendiente de un clavo.

— Es para el señor marqués, dijo la astuta camarera desapareciendo á los ojos del portero.

Regina tomó la llave que Flavia la presentó, se lanzó por un pasadizo excusado, llegó á un ángulo del patio, y salió por el postigo, cerrando tras sí y llevándose la llave.

Un minuto despues llamaba con mano trémula en casa de Justino.

Una mujer de edad madura abrió y retrocedió asustada ante aquella jóven envuelta en un peinador blanco, mas pálida que la muerte y con los cabellos sueltos.

— ¿Dónde vais? gritó al verla dirigirse á la escalera : la señora acaba de morir y la señorita está agonizando.

Regina no oyó estas palabras : precipitose como la pantera herida en la primera estancia que halló abierta, y descorriendo las pobres cortinas de la alcoba penetró en ella.

Dos lechos habia allí : en el uno descansaba un cadáver, y Justino, á los piés, ocultaba su frente entre las ropas, arrodillado y sollozando amargamente.

En el otro estaba acostada una jóven blanca, inmóvil y al parecer sin vida : inclinada sobre ella veíase al coronel Arturo, con el semblante transformado por un intenso dolor.

No obstante, al ruido que hizo Regina, levantó la cabeza, y sus grandes ojos pintaron un huracán y profundo asombro.

— ¡Mi prima aquí! murmuró sordamente.

Luego quedó en silencio y como indeciso por algunos instantes, mientras que la jóven apoyaba en su hombro la cabeza de Justino.

— Venid, dijo al fin el coronel : volved á vuestra casa, Regina : yo no debo consentir que esteis aquí.

— ¡Señor vizconde! contestó Regina, cruzando sobre el pecho ambos brazos y mirando á su primo con retadora altivez : ¡señor vizconde! Yo no os pregunto por qué razón habeis venido á esta casa ni os exijo que salgais de ella. No volvais pues á recordar, hasta que yo os hable, que nos hallamos en el mismo sitio.

Y dichas estas palabras, volvió la espalda al coronel, apoyando de nuevo en su brazo la abatida cabeza de Justino.

X.

Cuando la primera luz del alba penetró por los cristales de las pequeñas ventanas de la casita, Regina tendió en derredor suyo una mirada de tristeza ; para ella, acostumbrada desde que nació á la opulencia y á las comodidades, cuanto veía era extraño y la hería como una reconvencción.

Comparaba aquella reducida, sombría y húmeda habitación con las suntuosas que ella ocupaba en su soberbio palacio : aquellos muebles humildes y deteriorados con el magnífico mueblaje que ella usaba : aquella atmósfera miserable y helada con la embriagada de aroma en que ella habia pasado su vida, y al bajar los ojos sobre el hermoso ser que lloraba á su lado, sentía alzarse en su seno mas fuerte y voraz el volcán de su pasión, y de su centro un ferviente deseo de hacer dueño de cuanto poseía á aquel hombre, objeto é ídolo de su primero y único amor.

Único, sí ; porque las mujeres del temple de Regina no pueden amar dos veces : consumen en su primera pasión toda la ternura que puede albergar su corazón, y este se convierte en cenizas ó en nieve cuando muere su amor ó la persona que lo inspiraba.

Poco á poco fué apareciendo en el semblante de Regina una resolución firme é inmutable ; aun hubo un instante en que sonrió confiadamente á las bellas imágenes que nacen en su alma.

Por fin se levantó del pequeño sofá donde hacia dos horas que se habia sentado al lado de Justino : dirigióse á la alcoba y fijó sus ojos en la apacible fisonomía de Eugenia que permanecía sumergida en su letargo.

La pobre niña estaba mas blanca que las almohadas que sostenian su cabeza : dos magníficas y apretadas bandas de cabellos castaños señalaban el gracioso corte de su plácida frente : sus ojos azules, cerrados por anchos y transparentes párpados, estaban guarnecidos de dos largas y rizadas franjas de seda oscura : y á pesar de los estragos que habian hecho en ella las fatigas y

la enfermedad, aun conservaban sus facciones aquella blanda redondez de líneas que patentizan á un tiempo mismo la inocencia del alma, la juventud de la vida y la dulce ternura de los sentimientos.

Sentado á certa distancia del lecho de Eugenia y viendo el cadáver de su madre, estaba el coronel con la frente apoyada entre las manos y como sumido en un mar de reflexiones dolorosas.

— ¡Arturo! dijo Regina despues de haber mirado durante algunos instantes el ya helado cuerpo de la señora de Rivera y la blanca y angélica fisonomía de su hija.

El coronel levantó la cabeza y se puso en pié con aquella grave cortesía que nunca olvidaba con su prima.

— Vuelvo á casa de mi padre, Arturo, continuó Regina ; y excuso deciros cuánto os agradeceré que eviteis á Justino todos los amargos cuidados que su posición ha de ocasionarle.

El coronel se inclinó.

— A las cuatro de la tarde de hoy, prosiguió la jóven con acento sereno y reposado, os espero en mi cuarto : no falteis.

— No faltaré.

Regina se arrodilló á los piés del lecho en que descansaba el cadáver de la señora de Rivera, y rezó con las manos cruzadas durante breves momentos ; luego besó á Eugenia en la frente, estrechó con pasión las manos de Justino, y salió de la estancia con los ojos llenos de lágrimas de enternecimiento, quizá por la primera vez de su vida.

Diez minutos despues estaba en su cuarto : quitóse el peinador y se hundió en su lecho de pluma para meditar en lo que iba á hacer.

Trascurridas dos horas entró en el dormitorio de Regina la marquesa de Villalta. Aquella recibió muda y friamente los apasionados besos y las amantes caricias de su madre, pero una intensa palidez cubrió sus facciones cuando esta la dijo :

— Hija mia, mañana á las diez de la noche se firmarán los contratos, y te he mandado hacer para este acto un magnífico traje de brocado azul celeste con palmas de plata : mira además el regalo que te traigo.

La marquesa abrió un estuche de terciopelo blanco y presentó á los ojos de su hija una cascada de perlas finas y de un tamaño muy notable.

— Mira, continuó extendiendo las piezas del aderezo sobre la mesa de plata y marfil que sostenia el tocador de Regina : ¡mira esta sarta de perlas para el cabello ! ¡mira qué soberbio collar ! ¡qué preciosos brazaletes ! ¡qué riquísimos pendientes ! ¡mira qué admirable flor para el pecho ! ¡una rosa blanca natural no es mas perfecta que esta de perlas ! Este aderezo me ha costado diez mil duros, pero nada es caro para mi amada Regina.

La marquesa abrazó apasionadamente á su hija, que permaneció silenciosa y helada : cruzó sobre su pecho su bata de mañana, recogió sus negros cabellos con un peine de nácar, y salió con ella para dirigirse al comedor, donde las esperaban el marqués y el desayuno.

— ¡Qué pálida estás hoy, hija mia! dijo el marqués al ver la fisonomía descolorida y el hondo círculo azul que rodeaba los ojos de su hija.

— Es que he dormido poco, papa ; contestó la jóven acercándose una taza de té y procurando sorberla, cosa que solo á medias pudo lograr á pesar de sus violentos esfuerzos.

XI.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo dia entró el vizconde en el cuarto de su prima, que le aguardaba sola.

Regina estaba vestida de negro : su traje de raso descubría las bellas proporciones de su talle, completamente desarrollado ya, á despecho de su corta edad : su vestido, cerrado hasta su hermosa garganta, era liso y severo, y únicamente animaba su sombrío y uniforme color un pequeño y rico cuello de encaje blanco que llevaba vuelto sobre él, y unas mangas de igual clase que, por su hechura holgada y elegante, permitian descubrir una parte de su torneado brazo.

Llevaba guantes puestos, ni mas ni menos que si se tratase de un acto oficial, y la piel gris-perla que cubria sus manos, era tan fina que en nada aumentaba lo diminuto de su tamaño.

Arturo estaba tambien vestido de negro : habia visto tan pocas veces á su prima, aunque vivia bajo el mismo techo que ella, y el carácter de Regina inspiraba tan poca confianza por su grave frialdad, que para él no existia persona en el mundo á quien pudiese tratar con menos lisura y franqueza.

El vizconde entró sin anunciarse, pues Regina habia alejado á todos sus criados.

— Os esperaba, dijo friamente á Arturo cuando este se presentó en el umbral.

— Perdonadme entonces ; repuso el jóven inclinándose con grave cortesía.

— ¡Oh ! No es esto decir que hayais tardado, no, observó Regina sonriendo tranquila y serenamente ; y señalando al vizconde un asiento enfrente de ella, añadió :

— Breve será nuestra conferencia : en ella solo tengo que hablaros de sentimientos que conoceis muy bien.

— Ignoro lo que quereis darme á entender, Regina ; dijo el vizconde un tanto confuso.

— Tranquilizaos, repuso aquella sin perder su fria sonrisa ; yo os explicaré con la mayor claridad lo que

deseo que comprendais. Ya sabeis, vizconde, continuó eludiendo con este tratamiento toda franqueza, ya sabeis que vuestra venida aquí tuvo por objeto traer una carta de vuestro padre al mio, en la cual aquel le pedia mi mano para vos.

— Lo sé.

— Tampoco ignorais que á mi padre agradó mucho semejante petición, pues en ella se le prometia que vos dejariais la carrera militar para vivir conmigo á su lado : asimismo sabeis que yo, que entonces tenia libre, ó por mejor decir, vació mi corazón, accedí sin oponer objecion ninguna.

— Lo sé tambien, contestó el vizconde algo picado de la palabra *vacío* que Regina habia aventurado tratándose de la época en que ya le habia conocido.

— Está bien, repuso Regina ; pero lo que no sabeis y yo voy á revelaros, es que he mudado de pensar y que no quiero casarme con vos.

Al oír esta osada declaracion el vizconde retrocedió asustado, y clavó sus grandes ojos oscuros en el bello rostro de su prima, que no se alteró ni pintó la mas leve emocion.

— Creo, vizconde, prosiguió la jóven, creo que vos sois de mi mismo parecer ; que no me amais, y que seréis dichoso evitando nuestro enlace.

— No se trata de averiguar si yo seré feliz casándome con vos ó no, Regina ; dijo Arturo que poco á poco habia ido recobrando su serenidad : se trata del honor de vuestra familia, que es la mia, y es forzoso que, aunque nos haga á entrambos infelices este casamiento, aunque sea para nosotros la cadena que une á dos presidarios, es forzoso que se lleve á cabo, y se llevará.

— No tal, señor vizconde ; repuso Regina sin alzar la voz, sin inmutarse, sin alterarse en lo mas leve.

— Por Dios, Regina, exclamó el vizconde levantándose con el semblante pálido y los ojos animados ; por Dios, reflexionad que todo Madrid tiene ya noticia de nuestro proyectado enlace ; pensad en que mañana van á firmarse los contratos, y en que está invitada para asistir á este acto la mas escogida nobleza de la corte.

— A pesar de todo, no quiero casarme con vos.

— Pero decidme, al menos, ¿por qué ?

— Os lo diré, aunque lo debeis suponer ; porque no os amo.

— ¡Y pensais acaso que yo os amo á vos ! exclamó el vizconde con amarga exaltacion y olvidando ya todo miramiento.

— ¿Y qué me importa á mí que me ameis ó no ? prorrumpió Regina soltando una carcajada tan franca, serena y jovial que Arturo quedó atónico.

— Basta, señorita, dijo este tras un rato de silencio y despues de haberse pasado ambas manos por su abrasada frente, basta ; os casareis conmigo, pues prefiero sacrificarme y sacrificaros, cuando tan poco valeis, á dejaros en libertad para que cometais alguna imprudencia que mate á vuestros padres.

— Si yo fuera como las demás mujeres, caballero, me desharia ahora en lágrimas y os haria sentimentales amenazas : os diria, ¡guardaos ! ¡ya sabeis que no os amo ! ¡seréis infeliz ! ¡me mataré ! pero, señor vizconde, en mí no cabe esa blandura que, por lo general, siempre queda reducida á palabras : yo os digo lisa y llanamente : no quiero casarme con vos, y no me casaré.

— Pero ¿y vuestros padres ? ¿vuestros padres que con tanto amor os han criado, que con tal extremo os aman ?

— Si es así no se opondrán á mi dicha : ahora es cuando trato de probar su decantado amor : ¿tengo por ventura que agradecerles que me hayan educado en el fausto y la opulencia ? ¿Que me hayan hecho orgullosa y egoísta ? ¿O preiendeis que les esté reconocida porque os han presentado á mí diciéndome : *cásate con ese hombre porque así podrás permanecer á nuestro lado divirtiéndome nuestra vejez* ?

— ¡Oh, qué egoísmo ! exclamó Arturo dolorosamente afectado.

— Soy egoísta, sí. ¿Qué quereis ? Desde que he nacido todo se ha doblgado á mis deseos ó mis caprichos : si teneis hijos, vizconde, no desoigais mi consejo : querbrantad su voluntad para que os sean sumisos, y sabiendo vencerse, sean felices : ahora oid por la última vez mi resolución ; no quiero casarme con vos.

— Pues ved cómo ha de ser, porque yo no renuncio á vuestra mano.

— ¿Preferis que os haga el desaire de renunciar yo la vuestra ?

— Ese desaire dejará al menos ileso mi honor.

— Pues sea : no os apureis por tan poco, y dejadlo todo á mi cargo.

— ¡Reflexionad aun ! Piedad para vuestros padres, piedad para vos misma, Regina. ¡Yo tambien amo á otra mujer y sacrifico mi amor ! ¡imitadme por vuestro bien !

— Yo tengo por costumbre no imitar nada, señor vizconde, dijo Regina con altivez fria y desdenosa ; pero si alguna vez cayese en la tentacion de imitar algo, no seria en verdad un sacrificio que, por lo bajo y vergonzoso, no merece el nombre de tal.

El vizconde, mudo de sorpresa, de indignacion, y combatido por mil diversos pensamientos, salió de la estancia : al llegar al corredor oyó la fresca voz de Regina que cantaba un aria del *Barbero de Sevilla*.

XII.

La aurora del siguiente dia encontró despiertos á los marqueses de Villalta y á su hija. aquellos padres, idó-

latras de Regina hasta un extremo culpable, vieron aparecer con íntima tristeza el día en que los contratos matrimoniales ligaban á su hija tan amada á otro ser que no era ellos.

— ¡Hoy perdemos á nuestra hija! dijo la marquesa no bien entró en el cuarto de su esposo dejándose caer, bañada en llanto, en un sillón.

¿Sería que el instinto materno hacia adivinar á aquella mujer, tan buena, tan generosa y amante, la catástrofe que se preparaba? Sin duda. ¡El corazón de una madre adivina todo lo que interesa á sus hijos!

— ¡Perder á Regina! repitió el marqués, cuyos fogosos ojos chispearon y cuyas socavadas mejillas palidieron intensamente: ¡si tal supiera, continuó, no la casaría jamás!

— Perdemos la mejor parte de su corazón, dijo la pobre madre mecien-do tristemente la cabeza: ella amará á su esposo mucho mas de lo que nos ame á nosotros.

— ¡Oh, no, no! ¡Eso no puede ser! exclamó el marqués levantándose y cruzando la estancia á grandes pasos: ¿hará por ella su marido lo que nosotros hemos hecho? ¿No es ella el espejo donde siempre nos hemos mirado? ¿No hemos buscado para ella nobleza cuando solo éramos unos oscuros particulares?

¿No he conquistado en mil empresas arriesgadas y con mil inauditos trabajos un caudal inmenso para que ella fuese rica y opulenta? ¿No he prevenido con tu ayuda todos sus gustos, todos sus deseos, todos sus caprichos?

— ¡Todos esos recuerdos los ahogará el amor! murmuró la marquesa llorando siempre.

— ¡Calla, por Dios, Gabriela, ó vas á volverme loco! gritó el anciano marqués con todo el ímpetu de su fogoso carácter. ¡Calla, por compasión siquiera!... ¿No sabes que tengo celos del que baila con ella en los sa-raos, del que la mira, hasta del aire que azota sus cabellos, y de la luz que ilumina su frente? ¿Na sabes que no admito mas intermediarios entre ella y yo que tú? ¿No sabes que os confundo á entrambas en un mismo y tierno amor, como ella confunde en el mismo beso á la rosa y al capullo que corta de la maceta para adornar

su pecho? ¡Oh Gabriela! ¡Si tú me faltas, ella sola será el lazo que me ate á la tierra, porque es tu imagen! ¡Si ella vuela al seno de Dios, solo mientras tú vivas permaneceré en este mundo de dolores, y mi alma, unida con la tuya, irá en busca de Regina á otro mundo mejor!

Un largo silencio, interrumpido únicamente por los sollozos de la marquesa sucedió á las poéticas frases de aquel hombre, tan amante esposo como cariñoso padre.

— Basta de llorar, Gabriela, dijo el marqués así que consiguió serenarse: reflexiona que el que va á ser esposo de tu hija no la separará de nosotros; piensa en las veces que le has adormecido en tu regazo cuando era niño; piensa que él conservará en el seno de su esposa el cariño que nos debe, en vez de extinguirlo, y

trera de su amor.

Regina se separó de la ventana no bien dobló la esquina de la oscura callejuela el fúnebre convoy, y se dejó caer en un sillón con el semblante cubierto de una nube de tristeza, acordándose del pesar de Justino.

Se continuará.

Los presidarios en Francia.

(Véanse los números 287, 289 y 290).

Hemos concluido en el número precedente nuestro trabajo relativo al presidio de Tolon, y hoy vamos á tratar de las deportaciones de presidarios á Cayena. Por un decreto emanado del ministerio de Marina y publicado en el *Monitor* del 21 de febrero de 1852, se establecieron las disposiciones convenientes para esta deportacion de condenados. Con anterioridad estaba designada la Guyana como un lugar de deportacion; pero faltaba elegir los puntos mas convenientes para este destino, y reglamentar el régimen á que debían someterse los deportados.

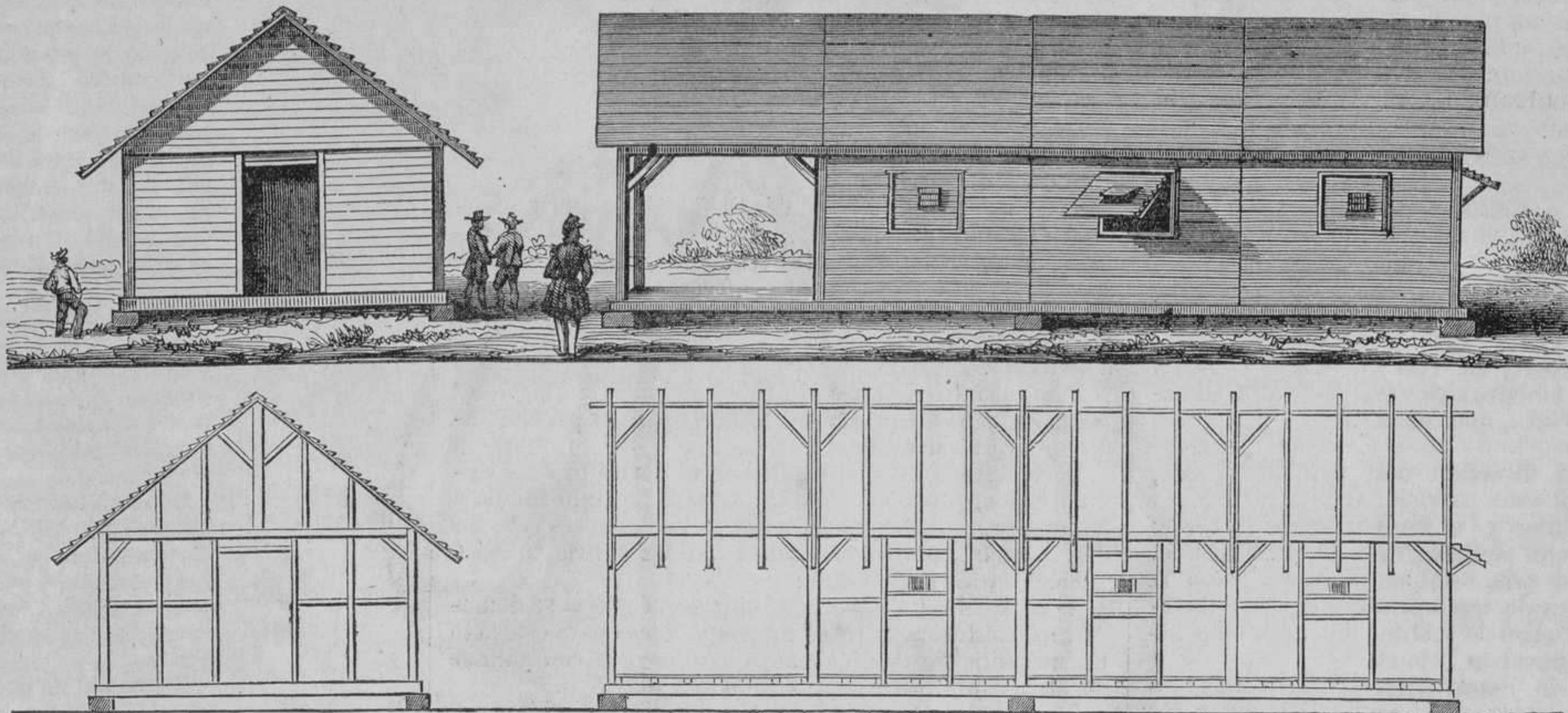
Dos puntos le parecieron propios al ministro

para llenar las condiciones apetecidas; el uno situado en la parte llamada de barlovento en las orillas del Oya-pock, y hácia la embocadura de este rio; y el otro situado en la parte contraria, donde el gobierno poseia ya una construccion vasta y antigua que desde luego podia servir de base para una instalacion bastante extensa.

En cuanto al régimen es mas llevadero que el de los presidarios; el empleo de la cadena no es allí obligatorio, y se usa como medio de vigilancia y correccion.

Un capellan y varios facultativos están agregados á cada campo, y el régimen alimenticio es poco mas ó menos como el de los prisioneros de guerra.

Despues de pasado cierto tiempo de prueba los deportados son divididos en tres categorías análogas á las que existen en las colonias penitenciarias de la Ingla-



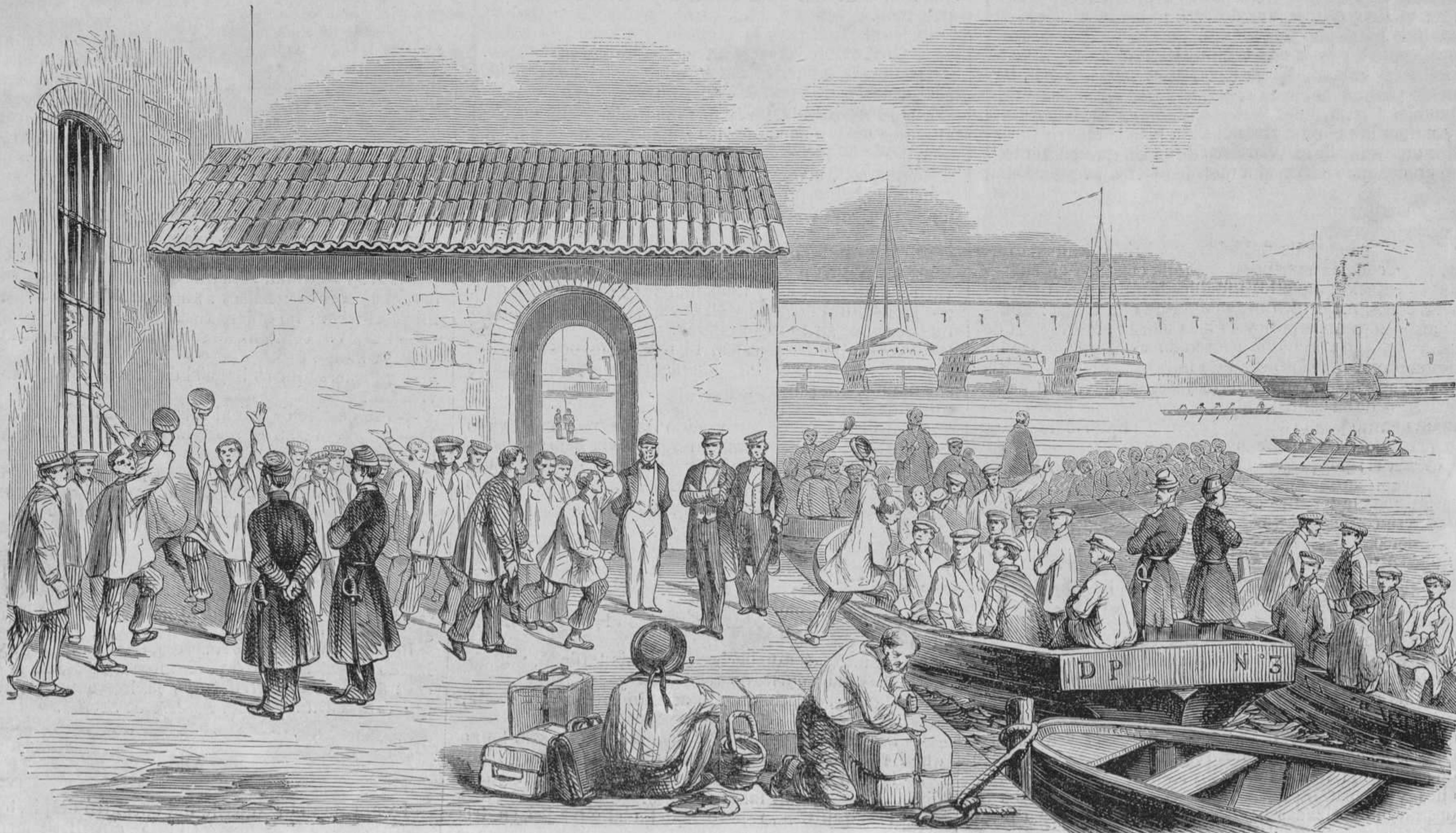
ELEVACION Y CORTE DE LAS BARRACAS CONSTRUIDAS PARA EL TRASPORTE DE PRESIDARIOS A CAYENA.

que en él tendremos otro hijo que nos amará tanto como Regina.

— ¡Quiéralo Dios! murmuró la marquesa enjugando sus ojos.

— Solo á Arturo hubiera yo concedido la mano de Regina, continuó el marqués: solo á él que reúne nobleza antigua, colosal fortuna y generosos sentimientos, hubiera yo entregado mi tesoro; solo á él, que venia garantido con la promesa de vivir á nuestro lado: así pues, Gabriela, consuélate y anda á ver si ha despertado ya Regina.

La marquesa se dirigió al cuarto de su hija, que ya estaba levantada: acababa de separarse de la ventana, desde donde habia visto sacar el cadáver de la señora de Rivera, junto al cual iban el vizconde y Justino que habia querido tributar á su adorada madre la prueba pos-



EMBARQUE DE PRESIDARIOS EN TOLON.

terra. En la época en que se dictaron estas disposiciones se suprimió definitivamente el presidio de Rochefort; los presidiarios de este puerto que no optaron por la deportación fueron enviados al presidio de Brest.

Para la primera instalación hicieron en la época susodicha grandes provisiones de víveres, de instrumentos aratorios y materiales de toda especie. Burdeos era el punto más conveniente para estas expediciones, y el gobierno contrató allí un suministro de barracas de madera para alojamiento de los deportados. Estas barracas son de distinta capacidad; en unas caben veinte y cinco hombres, y en otras cincuenta. Los planos de ellas fueron hechos por M. Alfredo de Saint-Quantin, oficial de ingenieros, y su construcción se encomendó á la casa J. Bourget y Hector Verget, que había dado ya barracas semejantes para los que emigraban á la California.

Vamos á trasladar á continuación una corta noticia sobre el primer embarque de presidiarios á Cayena, hecho en Tolon el 4 de setiembre de 1832, en virtud de las nuevas disposiciones.

Trescientos presidiarios y siete presos políticos fueron embarcados ese día á bordo de la *Fortuna*, que debía trasportarlos á Cayena.

Dos chalupas de la dirección del puerto se destinaron á este servicio. Los condenados no tenían ya el traje del presidio. Llevaban un pantalón de lienzo azul, una blusa gris, también de lienzo, y una gorra de terciopelo rayado; estas gorras eran de distintos colores. Además llevaban bajo el brazo otro pantalón de lienzo gris. Todos tenían calzado nuevo, y no se hallaban cargados ya con el grillete que estaba reemplazado con un anillo delgado.

No se reconocía en ellos el tipo de presidio. No había ni soldados, ni guardias para conducirlos, sino únicamente los ayudantes que pasaban con ellos á la Guyana. Estos se colocaban á popa de las chalupas, y no iban más de cinco ó seis en cada embarcación.

Colocados en dos filas en el patio del presidio, los presidiarios desfilaron ante su comisario, que presidía á su embarque asistido de sus principales agentes. Los compañeros que no habían podido estrecharles la mano, les daban un adiós de lejos, deseándoles un viaje feliz, y manifestando la esperanza de poderse reunir pronto con ellos.

En cada una de las chalupas se veía un condenado con un violín que á la voz del comandante principió á rascar con todas sus fuerzas con grande alegría de sus compañeros. En la segunda embarcación acompañaba al violín un pífano. La escena llamó sobremanera la atención porque nadie la esperaba. Los ejecutantes se inclinaban á proa, y los demás saltaban y bailaban como poseídos del mayor júbilo.

El buque se hallaba dispuesto de modo que pudieran ir separados los condenados políticos y los presidiarios.

Embarcaron para cada hombre un par de zapatos y tres camisas. El nuevo traje que la administración del presidio les dió es solo para la travesía, pues en Cayena llevarán otro igual para todos.

También se recibieron órdenes severas para no embarcar más que los hombres válidos, y aquellos que ofrecían más garantías en cuanto á su conducta.

En el número próximo publicaremos los pormenores de la travesía con sus correspondientes dibujos.



TRAJE DE LOS PRESIDARIOS PARA LA TRAVESIA.

La administración del presidio había mandado embarcar á bordo de la *Fortuna* chaquetones y gorras de soldados de diferentes categorías, así como también cadenas, grillos, esposas, etc., como medios de castigo y de represión tanto para la travesía como para la colonia; y para evitar las consecuencias desagradables que podría traer la holganza de esos hombres durante el viaje, pusieron á disposición del comandante cierta cantidad de juegos de naipes, de dominós, de damas, etc. Cuarenta soldados de infantería los guardaban, con más un vigilante de primera clase, seis de segunda y seis de tercera.

señándose por el jardín le contó sus reveses de fortuna sin omitir ningún detalle, los apuros de su estado actual, la mala fe del vecino, y la dura necesidad que le obligaba á ceder su casa por la mitad de su valor.

— ¿Quieres ver á ese usurero, á ese hombre infame? continuó; ahí le tienes asomado á esa ventana.

— ¿Esa casa es suya?

— Sí, el traidor se está recreando en contemplar esta propiedad que debe pertenecerle dentro de poco. Se está regocijando con mis infortunios que le dejan veinte mil francos en el bolsillo.

Mientras hablaba el comerciante, su amigo examinaba las

Revista de Paris.

Un comerciante establecido hace muchos años en Paris y poseedor de una fortuna mediana, había querido en estos últimos tiempos aumentar su capital por medio de operaciones de Bolsa. La especulación le produjo malos resultados, no tardó mucho en encontrarse sin más bienes que una pequeña finca situada en un barrio extraviado de Paris y de un valor muy corto. Antes de su desgracia un vecino le había instado para que le vendiera esta propiedad que á él le convenia, y aun se trató del precio, que hubo de fijarse en la cantidad de cuarenta mil francos. El comerciante no se apresuró á cerrar el trato hasta el día en que la venta de esta casa llegó á ser para él una necesidad urgente. Pero hé aquí que el vecino, enterado de lo que pasaba, quiso aprovecharse del apuro, se olvidó de su palabra, y ofreció solo la mitad de lo que se había estipulado.

No obstante, tenía grandes deseos de hacer la adquisición, pero pensaba que el comerciante se veria obligado á sufrir sus condiciones, pues tenía precisión de realizar dinero á toda costa é inmediatamente para evitar el golpe funesto de una quiebra.

El hombre de mala fe acertaba en sus cálculos desleales. El comerciante anunció la venta de la casa, y no habiéndose presentado comprador alguno, se decidió á pasar por las horcas caudinas del odioso vecino que su mala suerte le había deparado.

A punto ya de ir á verle para concluir el asunto, recibió una visita inesperada.

Era un antiguo amigo suyo, un empleado en una línea de camino de hierro, que aprovechaba una licencia de pocos días que le había sido dada para descansar en Paris y venia á dar un abrazo al comerciante.

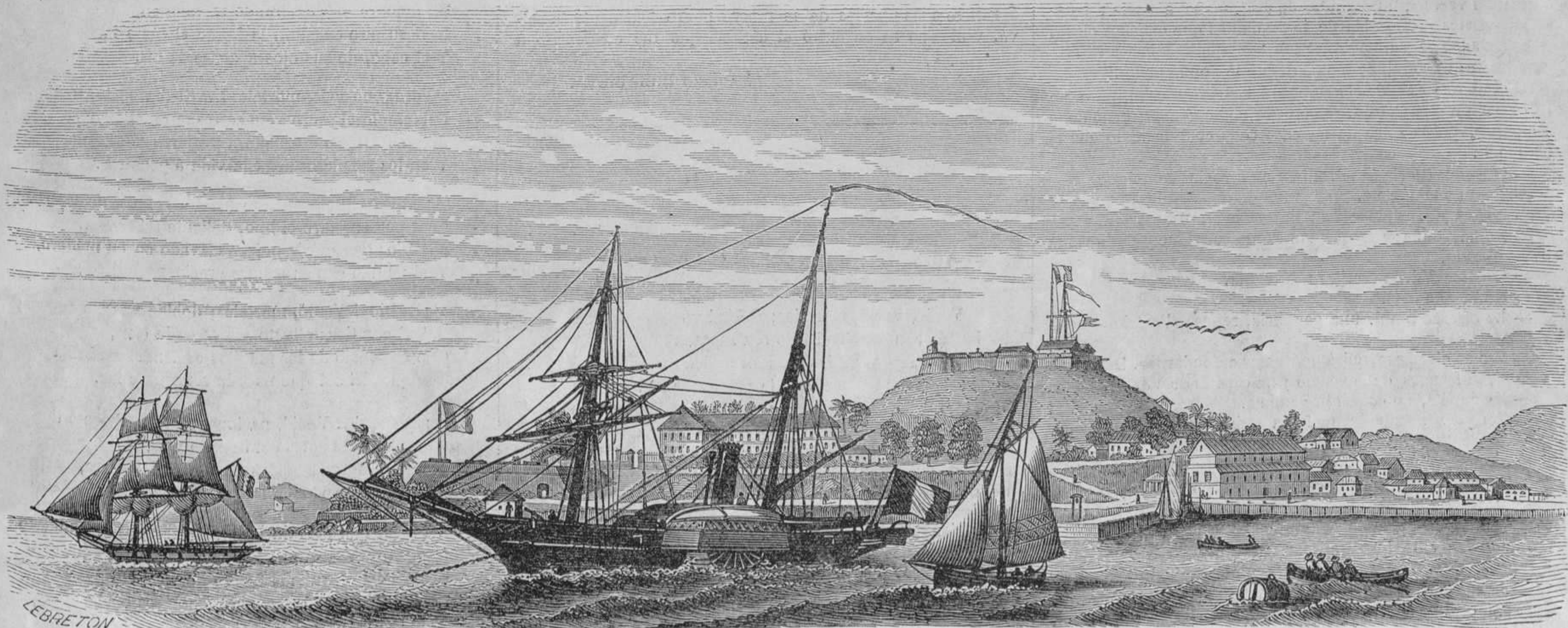
La amistad verdadera es perspicaz y preguntona: quiere que la confíen todos los secretos; nuestro hombre por su parte, que deseaba un momento de expansión, tomó el brazo de su amigo, y paseándose por el jardín le contó sus reveses de fortuna sin omitir ningún detalle, los apuros de su estado actual, la mala fe del vecino, y la dura necesidad que le obligaba á ceder su casa por la mitad de su valor.

— ¿Quieres ver á ese usurero, á ese hombre infame? continuó; ahí le tienes asomado á esa ventana.

— ¿Esa casa es suya?

— Sí, el traidor se está recreando en contemplar esta propiedad que debe pertenecerle dentro de poco. Se está regocijando con mis infortunios que le dejan veinte mil francos en el bolsillo.

Mientras hablaba el comerciante, su amigo examinaba las



AYENA.

localidades, pues se le habia ocurrido una idea luminosa.
— Querido amigo, le dijo, tranquilízate; estoy yo aquí y no permitiré que seas víctima de nadie.

— ¿Qué harás?

— ¿Dices que tu casa vale cuarenta mil francos?

— Lo menos.

— Pues los tendrás hoy mismo.

— ¿Conoces un comprador?

— Sí, amigo mío, conozco un comprador, y estás hablando con él en este momento.

— ¿Tú?... No sabia que eras rico...

— Podrias haberte engañado.

— Me alegro, me alegro mucho; ¿pero cuándo y cómo has hecho fortuna?

— Lo sabrás en otra ocasion; entre tanto hablemos del negocio. ¿Podriamos hacer una escritura de venta?

— Está hecha, respondió el comerciante; como me habia dado su palabra, cuando quise vender fui á casa de un notario que la extendió en debida forma.

— ¿Y la tienes aquí?

— Sí.

— Pues vamos corriendo á firmarla.

El comerciante presentó algunas objeciones, mas al cabo cedió, aunque diciéndose á sí mismo que todo aquello era una broma.

El empleado tomó la escritura, la metió en su bolsillo y exclamó:

— Ahora quédate en la sala y espérame; volveré dentro de un rato.

Y marchó de nuevo al jardín. El vecino seguia asomado á la ventana observando con ojos inquietos al forastero que le parecia un hombre sospechoso.

El empleado se puso á tomar medidas con su baston, y al mismo tiempo hacia apuntaciones en su cartera.

Después de haber continuado este ejercicio durante media hora, salió del jardín para examinar la propiedad por fuera. El vecino salió tambien de su casa y se acercó con indiferencia al empleado; este aparentó que no le veia, mas él sin andarse en preámbulos le dijo:

— Caballero, mi pregunta es quizá indiscreta, pero desearia saber si tiene Vd. intenciones de comprar esa casa.

— Es negocio arreglado, amigo mío.

— ¿Cómo?

— La casa me pertenece; está comprada ya.

— ¿De veras? exclamó el vecino palideciendo.

— Aquí está la escritura firmada, dijo el empleado presentando el papel, y estoy muy contento con la compra.

— Pues no crea Vd. que es una ganga, repuso el vecino con una voz cortada por la emocion.

— Para mí lo es; por cuarenta mil francos he hallado justamente lo que necesitaba. Es verdad que tendré que añadir algunos gastos para hacer los cambios y las nuevas construcciones que proyecto.

— ¿Y se podrian saber esos planes?

— No hay inconveniente. Primero, en lugar de esa pared baja, voy á levantar un cuerpo de cuatro pisos.

— Entonces va Vd. á privar de luz á la casa contigua.

— Seguramente, pero eso poco me importa; necesito la nueva construccion para que la habiten mis obreros; yo soy industrial y voy á establecer aquí una fábrica.

— ¡Dios mío! ¡Qué incomodidad para el vecindario!

— No hay duda, pero esa consideracion no me detendrá un momento. Después tengo aquí un manantial cuyas aguas claras y abundantes atraviesan mi jardín, y voy á desviar su curso porque me hace falta el agua por otro lado.

— Sin embargo, ese arroyuelo va á casa del vecino...

— No irá mas, yo soy el dueño de la finca, el manantial me pertenece, y no quiero imitar al antiguo propietario que cedia gratis un agua tan exquisita. Además, después de haber pasado por mi casa, el arroyuelo lejos de ser útil, seria perjudicial para el vecino de que me habla Vd...

— ¿Y cómo es eso?

— Por razon de mi industria; yo soy tintorero.

— ¡Ah!

— Puede Vd. comprender qué aguas tan bonitas llegarían á casa del vecino; hoy teñidas de azul, mañana azules, amarillas, verdes y cargadas de ingredientes que exhalan olores poco agradables y que abrasarian las plantas y las flores.

— Eso es intolerable; sepa Vd. que le pongo pleito.

— ¿Con que es Vd. el vecino? Lo siento mucho, pero no cambiaré mi plan; si Vd. se empeña pleitearemos; nada debo yo temer, pues dentro de su casa cada cual hace lo que le acomoda.

— ¿Le convendría á Vd. entrar en arreglos conmigo?

— Segun y conforme.

— Podria Vd. establecer su tintoreria en otra parte...

— No hay duda; pero esta finca me conviene y para eso la he comprado.

— Cédame Vd. la escritura de venta.

— No faltaba mas.

— Le ofrezco a Vd. una ganancia, repuso el vecino suspirando.

— Eso es otra cosa, quizá podremos entendernos. Déme Vd. veinte mil francos de beneficio y la casa es de Vd.

— Es mucho, no consentiré nunca.

— Tenga Vd. cuidado, mañana quizá será tarde ó pediré mas.

El vecino quiso regatear, pero en vano luchó contra una determinacion invencible, y como deseaba mucho adquirir la casa y temia que se realizaran los planes del industrial, concluyó por hacer el sacrificio con dolorosos lamentos.

Inmediatamente buscaron un notario, y se extendió una nueva escritura de venta de la casa por la cantidad de sesenta mil francos á favor del vecino.

El empleado rebosando de júbilo llevó el papel al comerciante, quien se empeñó en que habia de tomar los veinte mil francos del beneficio; pero el generoso amigo no consintió en

ello, y la cantidad entera sirvió para aliviar la situacion apurada del comerciante.

Durante las últimas semanas la atencion de los parisienses ha estado fija en la vista de una causa criminal formada contra una cuadrilla de malhechores, que ha tenido lugar en Caen. Los periódicos de Paris no hablaban de otra cosa. Los libreros de Caen han hecho un buen negocio; diariamente vendian quince ó veinte mil ejemplares de las entregas donde se reproducian los debates, y los retratos de los acusados andaban en manos de todo el mundo. La cuadrilla se componia de diez y nueve individuos culpables de toda clase de delitos y de crímenes, robos, falsificaciones, encubrimiento y asesinato.

Los jefes de la banda eran tres, y se llamaban Pascal, Graft y Gugenheim, hombres condenados á cárcel y á presidio anteriormente y en repetidas ocasiones.

El crimen por que los juzgaban es horroroso. Pascal, Graft y Gugenheim se introdujeron una noche en la tienda de un joyero llamado Pechard establecido en Caen, que dormia en el piso superior de la casa, el cual oyendo ruido en la tienda bajó precipitadamente, y puso en fuga á los ladrones, no sin recibir en la lucha desesperada que sostuvo con ellos heridas de gravedad. A pesar de esto salió á la calle en su persecucion; pero á poca distancia de su casa uno de los asesinos se volvió y le disparó á quemarropa dos pistoletazos que causaron su muerte.

Los delincuentes habian dejado pocos indicios para poder ser descubiertos; pero la destreza de la policia logró prender á uno en un camino de hierro y á los dos restantes en una casa de las cercanías de Paris. Sus cómplices, entre los que se cuentan algunas mujeres, cayeron tambien en manos de la justicia.

Probado el delito, Pascal y Graft han sido condenados á la pena de muerte y Gugenheim á cadena perpetua.

De los restantes nueve han incurrido en varias penas, y los demás han sido absueltos.

Entre los testigos que han figurado en esta causa célebre se cuenta el doctor Lebidois, que es una de las glorias del departamento; las consultas de este señor tienen el valor de un oráculo en la provincia. Las revelaciones que hizo en su declaracion son muy curiosas. Cirujano mayor de una cárcel establecida á las puertas de Caen, fué llamado una vez para visitar á un hombre condenado á encierro, y que decia estar enfermo de mucha gravedad.

Con efecto, vió un hombre cuyo rostro, hinchado de una manera horrorosa, denotaba una inflamacion terrible. El doctor examinó detenidamente al enfermo, y le hizo varias preguntas. Otro cualquiera habria caido en el lazo; pero este facultativo inteligente se convenció de que la inflamacion era puramente artificial. Mas ¿cómo aquel hombre habia podido darse una fisonomia de cólico? En los presidios hay medios para esto, medios que constituyen toda una ciencia, y el supuesto enfermo estaba muy ducho en los secretos de esta ciencia.

Nada iguala la habilidad de estos hombres peligrosos; cuando se ven cogidos, absorben todo el oro que llevan encima; su estómago es un cofre donde se prometen encontrar el dinero á su salida de la cárcel. Se han visto algunos que llenaban el interior de su nariz y de su boca con billetes de Banco y con monedas de oro; ¿cómo podian comer y respirar? Otro secreto de la ciencia del presidio.

Volviendo al enfermo, el caso es que deseaba ser enviado á la enfermeria. El doctor se malició algun proyecto de evasion, y ordenó que no le dejaran salir del cuarto á pesar de todos sus gritos y protestas.

El hombre conoció que estaba descubierto, y la inflamacion cesó como por encanto.

Algun tiempo despues volvía á Caen de visitar á un enfermo á eso de las once de la noche. El tiempo estaba muy oscuro, y hé aquí que de súbito el caballo se detiene, y el doctor distingue una mano que se le acerca. En el mismo instante recibe una herida en el vientre. Rechaza el ataque con valor; sin embargo, agotadas sus fuerzas, cae al suelo, aunque habiendo tenido tiempo para reconocer al asesino con la claridad del farolillo del coche... Era el que se habia fingido enfermo en la cárcel, el cual habiendo logrado evadirse, lo primero que hizo fué satisfacer su deseo de venganza.

Estuvo á las puertas de la muerte; pero felizmente se salvó, y al cabo se encontró al asesino que fué condenado á muerte y ejecutado.

MARIANO URRABIETA.

La salvacion.

*Venit enim Filius hominis
salvare quod perierat.*

(Matth., XVIII, 11.)

Venid, venid, mortales; doblad vuestra rodilla;
Bañad con vuestro llanto esa sagrada Cruz,
Que en medio de los mundos esplendorosa brilla
Mas que del sol que sale la refulgente luz.

Venid, naciones todas de la anchurosa tierra;
Venid como las olas del irritado mar,
Que reluchando férvidas en incesante guerra,
La leve arena vienen humildes á besar.

Venid, que de ese monte de arcanos mil cubiertos
Donde un cadalso al Justo Jerusalem alzó,
Brotó cual otro dia la fuente del desierto
Raudal de puras aguas que al hombre emancipó.

Y se rasgó la nube que al mundo oscurecía;
Y huyó la noche oscura; y vió el feliz mortal,

Extático de gozo, de un nuevo y claro dia
Lucir en el Oriente la aurora celestial.

Si, pueblos: vuestros ojos fijad por un instante
En la abrasada tierra que el Nilo fecundó:
Ved esos monumentos de un pueblo que arrogante
Un valladar al tiempo con ellos elevó.

Mas estudiad sus leyes y repasad su historia:
Las rocas de granito del suelo levantad;
Y en esos monumentos, con su preclara gloria,
De mil y mil esclavos la tumba contemplad.

Corred, pueblos de Europa, del Ganges á la orilla;
Sus colosales templos examinad allí:
Salvad el Himalaya do eterna nieve brilla;
Atravesad la Persia; llegad al Sinaí.

Do quier vereis la huella de un pueblo poderoso
Que al orbe con sus armas acaso sojuzgó:
Do quier sublimes restos de un mundo portentoso
Que en los primeros siglos el sol iluminó.

Pero tambien do quiera de guerra y tiranía,
De esclavitud é infamia los rastros hallareis,
Y del feroz combate y de la torpe orgía
Los repugnantes ecos do quiera escuchareis.

La misma sábia Atenas, de esclarecidos reyes,
Donde sonó de Homero la lira celestial;
Donde Solon dictara sus venerandas leyes;
Donde encontrara Sócrates la luz de la verdad.

La misma fuerte Roma, la patria de Camilo,
De Cincinato y César, de Scévola y Caton;
La que extendió sus haces hasta el oculto Nilo,
Hasta el confin indiano y el yerto Setentrion.

¿Qué son esas naciones de cuya inmensa gloria
Jamás la luz brillante la muerte apagará?...
Abrid, abrid, oh pueblos, el libro de su historia;
Abridlo, y vuestro pecho de espanto latirá.

Vereis sobre el Olimpo ridiculo senado
De imaginarios dioses sin gloria y sin poder,
Sujetos al capricho del inflexible hado,
Y en la miseria hundidos de su mezquino ser.

Vereis de los mortales la divis'on impia;
La libertad sentada sobre la esclavitud;
Y el rudo ardor guerrero, que el pecho endurecía
El nombre y la grandeza robando á la virtud.

Vereis bajo las plantas del fiero ciudadano
Postrada y abatida la humana condicion,
Porque eran para el hombre impenetrable arcano
Su origen, su destino, la vida, la creacion.

Vereis en la alba frente de la mujer escritas
Las indelebles huellas de humillacion fatal,
Y las purpúreas rosas de su beldad marchitas
Por el inmundo hálito de torpe bacanal.

Si, pueblos. En el fondo de cenagoso abismo
Los hombres se agitaban de devorante ardor...
Mas asomó en Oriente la luz del Cristianismo,
Y despertóse el mundo cual matutina flor.

Sobre la agreste cumbre de tétrica colina
Un hombre está expirando clavado en una cruz,
Leve suspiro exhala... la frente al suelo inclina...
Y al cabo, de sus ojos apágase la luz.

Pero, ¿no veis, mortales?... El dia se oscurece...
Del templo el sacro velo se rasga en el altar...
Retumba ronco el trueno... la tierra se estremece,
Y en los sepulcros llega la vida á penetrar.

¡Es Dios! Solo pudiera por Dios el mundo entero,
Cual por el padre el hijo, doliente así llorar...
¡Es Dios que morir quiere clavado en un madero,
Y al mundo con su sangre preciosa bautizar!

¡Es Dios! Venid, mortales; doblad vuestra rodilla;
Bañad con tierno llanto esa sagrada cruz,
Que en medio de los mundos esplendorosa brilla
Mas que del sol que nace la refulgente luz.

¡Es Dios!... Venid, naciones de la anchurosa tierra:
Venid como las olas del irritado mar,
Que reluchando férvidas en incesante guerra,
La leve arena vienen humildes á besar.

Venid, que de este monte de arcanos mil cubierto
Donde un cadalso al Justo Jerusalem alzó,
Brotó cual otro dia la fuente del desierto
Raudal de puras aguas que al hombre enaltecíó.

Si, pueblos; ya no existe ridiculo senado
De imaginarios dioses sin gloria y sin poder...

Un Dios omnipotente, de gloria rodeado,
El universo llena con su infinito ser.

Los hombres son sus hijos, y todos recibieron
Un hálito de vida del Padre celestial;
Hermanos fueron todos; las armas depusieron,
Y todos se estrecharon en lazo fraternal.

Hijo de Dios el hombre, su imagen en el suelo,
Su mas preciosa hechura, destello de su ser,
Alzó con noble orgullo la ardiente vista al cielo,
Llegando su destino por fin á comprender.

Y viendo que fué el Verbo de una mujer nacido
Mas pura que los ángeles, á la mujer amó
Con tierno sentimiento que Dios ha bendecido,
Y en santa union con ella la vida dividió.

Y las naciones todas hermanas se llamaron,
Y á par de la justicia nació la libertad,
Y los altivos déspotas vencidos se humillaron...
E iluminó á los hombres el sol de la verdad.

JOSÉ BENAVIDES.

Inauguración y consagración

DE LA IGLESIA DE SAN ISAAC EN SAN PETERSBURGO.

San Petersburgo 2-14 de junio de 1858.

Voy á hablar de una solemnidad que se esperaba hace muchos años en Rusia: la consagración y la inauguración de la catedral de San Isaac; pero antes de decir lo que he visto, voy á exponer lo que he sabido, y á contar la odisea de ese monumento cuya piedra mas vil es el granito, y cuyo metal menos precioso es el bronce.

En 1702 Pedro el Grande hizo construir una cabaña de madera en un terreno pantanoso de la embocadura del Neva, donde hoy se elevan palacios. La ley que ha determinado el sitio que ocupan casi todas las capitales no entró por nada en la fundación de San Petersburgo. El monarca que se habia hecho carpintero en Holanda para poder crear una marina en sus Estados, señaló con un rasgo de genio el sitio de la nueva metrópoli. Los grandes establecimientos que exige una marina considerable, fueron los primeros de que se habia de ocupar, y allí donde se encuentran actualmente las inmensas construcciones del almirantazgo fundó astilleros de donde se botaron los primeros buques rusos que surcaron las aguas del Báltico.

No se olvidó la religión en este nuevo establecimiento en que todo era provisional. El czar concibió el proyecto de erigir una iglesia bajo la invocación de san Isaac el Dálmata, cuya fiesta celebra la Iglesia griega el 30 de mayo, día del nacimiento de Pedro el Grande en 1673. Hasta 1710 no se comenzó la ejecución del proyecto; la nueva iglesia se levantó provisionalmente en unas dependencias de los astilleros del almirantazgo, que poco despues fueron devoradas por las llamas. En 1717 el czar puso la primera piedra de una segunda iglesia de San Isaac á la orilla del Neva, en el sitio del palacio actual del Senado. El nuevo templo se abrió al culto en 1727, pero en 1735, herida por el rayo, fué presa de las llamas; durante algun tiempo se trabajó en su reparacion, pero por diversos motivos las obras no se terminaron.

Cuando la corte llegó á habitar el lugar donde hoy se encuentra, se pensó en elevar en ese nuevo barrio que se embellecía diariamente, una iglesia bajo la invocación del mismo santo destinada á reemplazar los templos incendiados. Catalina II encargó al arquitecto Rinaldi la ejecución de esta obra cuyos materiales debían ser el mármol y el granito; pero la muerte de la emperatriz suspendió los trabajos. En tiempo de Pablo I se hizo muy poco; y en 1813 el emperador Alejandro I mandó abrir un concurso, pero ninguno de los planos presentados mereció su aprobacion; por último en 1817 un francés llamado Ricardo de Montferrand fué encargado de presentar al emperador un proyecto para la reconstrucción de la iglesia, con la condicion de que habia de conservar lo mas que pudiera de las construcciones ya existentes.

En 1818 se comenzaron firmemente las obras, y el arquitecto francés ha tenido la suerte de poner la primera estacada de un monumento donde cuarenta años mas tarde recibia las felicitaciones benévolas del tercer soberano que habia atendido solícito á la conclusion de esa epopeya de mármol y de oro.

Sin entrar en detalles minuciosos sobre la construcción de esta hermosa catedral, voy sin embargo á señalar algunos puntos que darán una idea de la importancia de la obra. El monumento de cansa en una estacada compuesta de 10,762 piezas de siete metros de largo, y sobre dos cimientos de granito. El 26 de julio de 1819 se colocó la primera piedra, sobre la cual hay una placa de bronce dorado con una inscripción donde se dice que la restauración de ese monumento, consagrado por la emperatriz Catalina II, fué principiado en el año décimonono del reinado del emperador Alejandro I. Además de la piedra de roca empleada con el granito en los cimientos de San Isaac, la cantidad total de esta última piedra se eleva á 6,800 metros cúbicos. Si á pesar de la brevedad de la descripción me extiende

en el detalle de los cimientos, es para señalar las dificultades que ha habido que vencer para asegurar la solidez de este monumento en el terreno pantanoso y poco consistente de San Petersburgo.

Durante estas operaciones preliminares se explotaba la cantera de Pytterlax á 76 verstes de Vibourgo, donde se cortaban las cuarenta y ocho columnas de granito rojo que adornan hoy los cuatro pórticos de la iglesia; cada una de estas columnas tiene siete pies de diámetro y cincuenta de largo. Las otras cincuenta y seis columnas que adornan la cúpula, los cuatro campanarios y las aberturas laterales salen tambien de la misma cantera.

El 20 de marzo de 1828, en presencia del emperador Nicolás I, se levantó la primera columna de los pórticos; la operación duró cuarenta minutos; el mismo tiempo se empleó en la erección de las otras, y la última se colocó el 11 de agosto de 1830.

El basamiento de granito igual al de las columnas se compone de dos cimientos de un metro de alto cada uno; encima reina un estereobato de mármol gris, amarillo y azul, de unos tres metros de altura, y luego vienen los muros propiamente dichos, que tienen sobre tres metros de grueso, y son de granito y ladrillos, alcanzando una altura de trece metros y medio. Estos mármoles provienen de la cantera de Rousky-Ala en Finlandia. El entablamento es del mismo mármol, excepto el friso que está revestido de pórfido encarnado de Olonetz, al Norte del lago Onega. Cada arquitrabe de seis metros de larga está formada de una sola pieza de granito, de las cuales cada extremidad se apoya en el eje de la columna, estando revestidas de los mismos mármoles que el entablamento. Cada pórtico tiene un fronton adornado con un bajo-relieve de bronce que se eleva á la altura del segundo cuerpo tambien revestido de mármol de Finlandia, y que termina un entablamento con un ático de la misma materia.

A cada lado de los pórticos del Norte y del Sur se eleva un cuerpo con un templete de cúpula, según la disposición ordinaria de las iglesias griegas que deben estar adornadas con cinco cúpulas, y en su centro se destaca la principal con su basamiento de mármol, sus veinte y cuatro columnas de granito encarnado de 1 metro 60 centímetros de diámetro sobre unos 15 metros de altura; su entablamento es de mármol y de pórfido, y su galería está adornada con una balaustrada y coronada con un ático con ventanas, sobre el cual se eleva la cúpula principal cubierta de cobre dorado, faro maravilloso que anuncia al navegante la proximidad de la capital de la Rusia, mucho antes de que pueda distinguir el islote bajo donde está edificado el baluarte de San Petersburgo: Kronstadt.

El monumento tiene la forma de un rectángulo regular; en cada ángulo se eleva un grupo de ángeles colosal sosteniendo un candelabro: cada uno de los cuatro frontones tiene tres estatuas; en cada una de las veinte y cuatro columnas de la cúpula principal descansa un ángel de dimensiones adecuadas á la altura inmensa en que está colocado, y todas esas esculturas, así como las bases y los capiteles de las columnas, las tres puertas monumentales que dan entrada á la iglesia son de bronce, cuyo color severo y armonioso contrasta con el tono claro y serio á la vez del conjunto del monumento.

Esa cantidad inmensa de esculturas es obra de dos artistas; Lemaire es autor del fronton que mira al Neva y del pórtico del Este; los otros dos y todas las estatuas y las puertas son de Vitali, que no ha vivido lo suficiente para ver concluida la obra en que gastó su existencia.

Ahora antes de penetrar en la iglesia, diré dos palabras sobre su situación geográfica. Se eleva entre dos plazas inmensas y dos calles muy vastas: la primera está limitada al Norte por el Neva: volviendo la espalda al rio, se ven á la derecha los edificios del senado, á la izquierda el almirantazgo y su baluarte, y en el centro se eleva la estatua de Pedro el Grande, obra célebre de Falconet. La plaza del Sur está ocupada por el palacio de la gran duquesa María Nicolaeвна, que da frente al templo, y por palacios y casas monumentales á los lados. En el centro se pondrá una estatua colosal del emperador Nicolás I, concepción atrevida del baron Kloff y de M. de Montferrand.

El dibujo que envío suplirá una descripción mas extensa del interior de la iglesia, es decir, si el blanco y el negro, único recurso de los pobres dibujantes, pueden servir para representar los jaspes, los mármoles preciosos, el oro y las pinturas de vivos colores. Sin embargo, quiero al menos citar los nombres de los artistas que han construido la obra favorita de los tres emperadores que se han sucedido en el trono de Pedro el Grande. La cúpula, que tiene una de las superficies mas grandes que se conocen, cubierta de pinturas, es obra del incansable Bruloff, cuya pérdida llora la Rusia. Las grandes imágenes (es el término consagrado) que decoran el iconostasio principal han sido ejecutadas por Neff, y serán copiadas en mosaico. Las demás pinturas son de los señores Bassine, Steuben, Mussini, Pluchart, Riss, Bruni, Sazanoff, Maikoff, Nikitine, Moldavsky, Alexeieff, Schamchine, T. Bruloff, Givago, Markoff, Douzi y Dornherr. Las esculturas interiores son de Vitali, excepto las imágenes del gran iconostasio que son del baron Kloff, y las de los iconostacios auxiliares que no se pueden ver en mi dibujo, y son de Pimenoff.

El revestimiento en mármol del interior de la iglesia, así como su pavimento, se comenzó en 1843. El baron Derschau contrató el suministro y confección de los mármoles. Excepto algunos mármoles blancos de Tos-

cana y algunos otros de amarillo de Siena y de verde de Génova, la iglesia está cubierta de mármol duro de Tivdy en el gobierno de Olonetz. A pesar de su hermosura y abundancia, en el estado actual de la ciencia la dificultad de la explotación será todavía un obstáculo para su empleo. Durante seis años doscientas treinta sierras que trabajaban de día y de noche mediante dos saltos de agua de treinta y ocho caballos de fuerza cada uno y de una máquina de vapor de igual fuerza, dieron diez millones ochenta mil kilogramos de esos mármoles de colores muy variados; los unos de un rosado armonioso cubrieron los setenta y dos pilares de nueve metros y medio de altura que sostienen el entablamento interior; otros en que dominan el verde y el gris forman el pavimento que se extiende sobre un espacio de 25,000 pies superficiales; en el centro hay un rosetón del mismo jaspe de variados colores; los frisos y los basamientos son de pórfido, y todas estas piedras pulimentadas serán insensibles por su dureza á la acción del tiempo.

El iconostasio es una maravilla de riqueza: seis columnas de malaquita de nueve metros y medio de altura, de las canteras del príncipe Demidoff, sostienen el entablamento, y otras dos mas pequeñas de lapislázuli del Turkestan sostienen la arquitrabe de la puerta sagrada. ¿Qué diré de los basamientos, de los entablamentos, de las imágenes de plata y de los mosaicos? ¿Qué diré del interior del altar, de los vasos sagrados, de los ornatos de los sacerdotes, de las lámparas, de los estandartes? ¿Qué diré de los bronce dorados que forman las bases y los capiteles de las columnas, del ornato de las bóvedas, de las molduras talladas que se ven en todo el interior del edificio? solo puedo decir: venid á verlo. Felizmente esta catedral durará muchos siglos, y dentro de dos años habrá un ferro-carril que permitirá á toda la Europa el venir á admirar con poca incomodidad esta basílica de mármol, de bronce y de oro.

¿Cuánto cuesta esta obra imperial? Todos se hacen esta pregunta al contemplarla. Si hubiera habido que pagar de una vez todos los gastos, creo que no habrían alcanzado los presupuestos de algunas naciones; pero hay que considerar que la edificación ha durado cuarenta años y el coste se ha repartido en ese tiempo.

El 30 de mayo (11 de junio) fué el día destinado para la consagración de esta catedral. El sol apenas se pone en la estación actual en San Petersburgo, de modo que seria una metáfora el decir que salió radiante. Desde la víspera los cuatro ferro-carriles estaban trayendo gente de distritos lejanos; la ciudad, desierta hacia un mes, recobró de repente su animación del invierno. A las siete de la mañana la población comenzó á mostrarse en las calles adyacentes de la catedral, ocupando las tribunas levantadas en torno de la iglesia, desde las cuales se podía ver el cortejo imperial y la procesion. Todas las calles estaban cubiertas de espectadores, así como los tejados de las casas.

A las ocho principiaron á resonar las campanas, y el clero de todas las iglesias de San Petersburgo y de las cercanías reunido de antemano en San Isaac, se puso en marcha para ir á sacar de la catedral de Kasan, donde estaban depositadas, las reliquias y las santas imágenes destinadas á la nueva iglesia. Durante este tiempo la guardia imperial se formaba en columnas en torno de la catedral y en la plaza del Almirantazgo y del Senado.

A las diez las aclamaciones, el sonido de las músicas militares y el ruido de las campanas anunciaron la llegada del emperador, que salió á caballo del palacio acompañado de sus hermanos los grandes-duques Constantino, Nicolás y Miguel, y seguido de un escuadrón de generales y de oficiales superiores, pasó por delante de las tropas, y luego fué á reunirse con las dos emperatrices que se adelantaban hácia la catedral acompañadas de las grandes-duquesas Nicolás y Miguel, de la gran-duquesa Olga, princesa real de Wurtemberg, de su hermana la gran-duquesa María y de la princesa de Aldenbourg. El mismo cortejo que en otras ocasiones he descrito, acompañaba los coches dorados donde se hallaban las damas de la familia imperial, seguidas tambien de un escuadrón de camaristas.

Entre tanto habia llegado la procesion con las santas imágenes; la iglesia estaba llena con unos tres mil convidados, en los cuales se hallaban comprendidas todas las clases de la población, desde los miembros del senado y del consejo imperial hasta los mercaderes del primero y segundo gremio.

Abriéronse las puertas principales inundando de luz dorada toda la nave, y el metropolitano con su mitra de oro y de diamantes, se adelantó para recibir al emperador y á la familia imperial acompañado de dos sacerdotes, el uno con la santa cruz en una bandeja de oro, y el otro con un vaso del mismo metal lleno de agua bendita; los acólitos llevaban los candeleros de plata y el báculo pastoral; venian luego cuatro obispos con mitra de pederías y luego tres diáconos.

El emperador acompañado de las dos emperatrices hizo entonces su entrada en la iglesia, siendo recibido en el pórtico por M. de Montferrand, á quien estrechó la mano en señal de satisfacción; despues acercándose al metropolitano tomó de él el agua bendita, besó la cruz que le presentaba el prelado, y cogiéndole la mano la llevó á sus labios, en tanto que el metropolitano hacia lo mismo con la mano del emperador.

Este ceremonial se repitió con las dos emperatrices y toda la familia imperial, y el prelado poniéndose en marcha hacia el altar, fué seguido por el emperador, que daba el brazo derecho á la emperatriz madre,



CEREMONIA DE INAUGURACION DE LA IGLESIA DE SAN ISAAC, EN SAN PETERSBURGO.

Esc. 100 - 1858
- 1858

quien llevaba á la derecha á la emperatriz Alejandra Feodorovna.

En aquel instante toda la asamblea pasó al fondo del templo, y principió la ceremonia de la consagración, acompañada de himnos sagrados que repetía un coro de mil doscientos hombres. Preciso es haberlo oído para formarse una idea de lo que puede ser. Después de haber consagrado el altar del centro (los dos laterales se consagrarán posteriormente), y después de haber colocado la cruz con el óleo santo sobre las puertas de la iglesia, el clero se formó en procesion acompañado de toda la familia imperial. El metropolitano y los obispos llevando las santas imágenes, dieron la vuelta á la iglesia, y uno de los obispos rociaba con agua bendita los muros de la catedral.

Cuando volvió á entrar la procesion por la puerta principal que mira al Oeste y cada cual volvió á su puesto, principió la misa que fué seguida de un *De profundis* cantado á la memoria de los emperadores Pedro, Pablo, Alejandro, Nicolás y de la emperatriz Catalina II. La ceremonia concluyó con un *Te Deum* solemne acompañado, como todo lo demás de la solemnidad, por el coro susodicho. Pero en aquel momento se mezcló otra voz, la del cañon, que noticiaba á los pocos habitantes que se habian quedado en el interior de las casas de San Petersburgo, que la capital contaba un edificio sagrado mas.

El regreso de la familia imperial al palacio tuvo lugar con el mismo orden y con la misma pompa que la llegada en medio de las aclamaciones mas ardientes.

P. BLANCHARD.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAV.

(Continuacion.)

— Mi querida amiga, respondió el gorro de algodón disponiéndose á defender su conducta, José tiene mas vanidad que vos habeis tenido, y os aseguro que vuestra parte no era floja. Sin duda hace treinta años.... poco mas ó menos.... teniais el derecho de ser vana.... pero José me acaba la paciencia con su pudor afectado. Pasa toda la vida pensando que es buen mozo; creo que tendremos algo con él. Hay aquí una amiguita de Emmy que le anda muy de cerca; es cosa que salta á los ojos. El destino de ese hombre es el de servir de alimento á una mujer, como el mio está en ir á la Bolsa. Y aun debemos agradecerle que no le conquistó una negra. Es extraño, cae en el primer lazo que le arman.

— Pues mañana despediremos á esa intriganta, dijo mistress Sedley con energia.

— Lo mismo da esa que otra; dejémosle que se case á su gusto.

Los dos interlocutores se callaron, y en lugar de su voz no se oyó mas que una música nasal muy agradable sin duda, pero poco romántica, y sin los relojes que daban las horas y el sereno que las anunciaba, el silencio mas profundo habria reinado en la casa de John Sedley de Russell-Square.

Al otro dia la buena mistress Sedley no pensó mas que en ejecutar sus proyectos contra miss Sharp, pues aunque nada hay en el mundo mas doloroso, mas comun ni mas excusable que los celos maternos; sin embargo, no podia persuadirse que aquella jóven tan humilde y tan agradecida se atreviera á fijar su ambicion en un personaje como su hijo. Además, habian escrito ya pidiendo una tregua para Rebeca, y habria sido difícil despedirla tan repentinamente.

Todo, hasta los elementos parecian conspirar en favor de la amable Rebeca. En la tarde que se habia señalado para ir al Vauxhall, Jorge Osborne fué á comer con los Sedley, en tanto que el padre y la madre se dirigian á su convite en casa del alderman Balls; pero hé aquí que sobrevino una tempestad con muchos truenos y relámpagos, como acontece cuando hay fiesta en el Vauxhall, y los jóvenes tuvieron que quedarse en casa.

Jorge no se incomodó con la tormenta, y las dos parejas pasaron unas horas tan agradables que se declararon muy satisfechas con haber aplazado su visita al Vauxhall.

Osborne era ahijado de Sedley, y bajo este título se contaba como de la familia hacia veinte y tres años. Así sus relaciones con ella eran muy íntimas.

— ¿Os acordais, Sedley, de vuestro furor cuando corté las borlas de vuestras botas húngaras, y cómo miss... quiero decir Amelia, me libertó de algunos latigazos poniéndose de rodillas y suplicando á su hermano José que no pegara al pobrecillo Jorge?

José se acordaba muy bien del lance, pero respondió que le habia olvidado.

— ¿Y os acordais cuando vinisteis á verme en coche en casa del doctor Swishtail antes de marchar á la India, y me disteis media guinea? Se me puso en la cabeza que debiais tener al menos siete piés de alto, y á vuestro regreso de la India me quedé sorprendido viendo que sois como yo.

— ¡Qué buen corazon tiene M. Sedley! ¡Fué á llevaros dinero al colegio!... dijo Rebeca con un acento de aprobacion muy marcado.

— Pero yo le corté las borlas de sus botas.

— A mí me gustan mucho las botas húngaras, dijo Rebeca.

José Sedley que admiraba sus piernas y llevaba siem-

pre ese calzado pretencioso, se quedó muy satisfecho con la observacion.

— Miss Sharp, dijo Jorge Osborne, deberiais aprovechar vuestro talento artistico haciendo un cuadro de la escena de las botas.

— No tengo tiempo aquí, interrumpió Rebeca; le pintaré cuando me haya marchado.

Y al mismo tiempo bajó la voz, y dejó escapar una mirada tan triste y dolorosa, que todos conocieron cuán cruel era su suerte, y cuánto sentimiento tendrian al apartarse de ella.

— Quisiera que pasárais mucho tiempo con nosotros, mi querida Rebeca, dijo Amelia.

— ¿Y para qué? respondió miss Sharp con un acento mas triste todavía. ¡Ojalá cargue yo sola con toda la pena de esa separacion!

Amelia principió á dar rienda suelta á su achaque natural, á esa abundancia de lágrimas que, como hemos dicho, era su único defecto.

Osborne miró á las dos jóvenes con una emocion mezclada de curiosidad. Del fondo de su robusto pecho José Sedley dejó escapar algo que parecia un suspiro, y al mismo tiempo echó la vista á sus queridas botas húngaras.

— Un poco de música, miss Sedley.... Amelia, dijo Jorge que experimentaba en aquel instante un deseo casi irresistible de tomar en sus brazos á la jóven y cubrirla de besos delante de todos. Miss Sedley le arrojó tambien una mirada rápida.

Quizá no seria exacto decir que solo entonces se enamoraron uno de otro, pues él y ella habian sido educados por sus padres con la idea de un casamiento futuro, y hacia diez años que existia entre ambas familias como una convencion en el asunto.

Dirigiéronse al piano que estaba, como todos los pianos, en el segundo salon, y como estaba bastante oscuro, miss Amelia dió naturalmente la mano á Jorge que mejor que ella podia distinguir el camino á través de los sofás y de las sillas.

Esto hizo que José Sedley se quedara solo con Rebeca junto á la mesa del otro salon, donde miss Sharp concluia un bolsillo de seda verde.

— No hay necesidad de preguntar los secretos de la familia, dijo Rebeca; bien los descubren ellos.

— En cuanto alcance su grado, repuso José, creo que será asunto concluido.

— Vuestra hermana es la criatura mas amable que hay en el universo, dijo Rebeca; dichoso el hombre que se la lleve por esposa.

Y Rebeca exhaló un hondo suspiro.

Cuando dos jóvenes solteros tratan en la intimidad asuntos tan delicados, es prueba que hay entre ellos mucha confianza.

Como tocaban el piano y cantaban en la pieza contigua, naturalmente José y Rebeca hablaron en voz baja; y sin embargo, los jóvenes del otro salon no habrian oído aunque hubieran hablado á voz en grito, tan ocupados se hallaban en sus propios negocios.

Era quizá la primera vez en su vida que M. Sedley conversaba sin tubear y sin la menor timidez á una persona de otro sexo.

Miss Rebeca le dirigió un crecido número de preguntas sobre la India, lo cual le proporcionó ocasion de contar muchas anécdotas interesantes sobre ese pais y sobre su propia persona. Pintó los bailes del palacio del gobernador, los medios que habia para estar al fresco bajo ese clima abrasador, y habló de la caza del tigre con muchos pormenores. Rebeca oia con placer las descripciones de los bailes del gobernador, y temblaba con los peligros de la caza del tigre.

— Por amor á vuestra madre, mi querido Sedley, le decia, por vuestros amigos, prometedme que no asistiréis mas á tales cacerías.

Solo una vez habia estado en una expedicion de esa clase, y volvió á su casa muy asustado. A medida que hablaba crecia su valor; por fin llevó su audacia hasta el punto de preguntar á Rebeca para quién era aquel bolsillo de seda verde.

— Es para una persona que le necesita, dijo Rebeca destacándole su mirada mas seductora.

Sedley se preparaba á dirigirla un discurso lleno de elocuencia:

«¡Oh miss Sharp! cómo es...

Pero acababan entonces una romanza en el cuarto vecino, y oyó tan claro el sonido de su propia voz que se detuvo, se sonrojó y dió resoplidos en su nariz con una agitacion extraordinaria.

— ¿Habeis oído jamás una elocuencia que pueda compararse con la de vuestro hermano? dijo Osborne á Amelia en voz baja. A fe mia, vuestra amiga hace milagros.

— Cuantos mas haga mejor, dijo Amelia que como todas las mujeres que poseen algo, deseaba hacer matrimonios, y habria querido que José se llevara una mujer á la India. En aquellos pocos dias de vida comun con Rebeca, habia sentido crecer su amistad por ella mediante el descubrimiento de una porcion de virtudes y de cualidades apreciadas que no habia notado mientras se hallaban juntas en Chiswick. El cariño entre las jóvenes crece como los árboles en los paisés de las hadas y llega hasta el cielo en una noche.

Después de haber agotado su corto repertorio de música y de haber permanecido bastante tiempo en el segundo salon, le pareció conveniente á miss Amelia el suplicar á su amiga que cantara un poco.

— Si hubiérais oído antes á mi amiga, dijo á Jorge, no habriais podido escucharme á mí.

Esto decia, pero en su interior pensaba otra cosa.

— Declaro sin embargo á miss Sharp, repuso Jorge, que con razon ó sin ella miss Amelia Sedley es para mí la primera cantatriz del mundo.

— Vais á oír, dijo Amelia.

José Sedley se hallaba domesticado, y así fué que se apresuró á llevar las luces al piano.

Osborne dió á entender que lo mismo le habria sido permanecer en la oscuridad; pero miss Sedley se negó riendo á estar mas tiempo haciéndole compañía.

Rebeca cantó mucho mejor que Amelia, sorprendiendo á esta mucho, pues nunca la habia oído tales primores.

Entre cada romanza se entablaba una conversacion del género sentimental. Sambo, después de haber servido el té, la cocinera y hasta mistress Blenkinsop, se pusieron á escuchar en la escalera.

Entre las romanzas habia una, la última del concierto, que terminaba así: *Cuando yo me ausente*. Al fin de la canción la voz de miss Sharp dejaba solo escapar unas notas sordas y melancólicas. Cada cual comprendió la alusion á su marcha y al desamparo de la pobre huérfana.

José Sedley, hombre muy apasionado á la música y de corazon muy sensible, se halló extasiado mientras duró la romanza y sintió la mas profunda emocion al concluirse. Si hubiera tenido valor, si miss Sedley y Jorge Osborne se hubiesen quedado en la otra pieza, el celibato de José tocaba á su fin y no habria habido necesidad de escribir esta historia. Pero después de cantar Rebeca dejó el piano, y dando la mano á su amiga, pasó á la otra pieza medio sumergida en las tinieblas. En el mismo instante apareció Sambo con una bandeja cubierta de sandwiches, de dulces, de vasos y botellas, lo que llamó toda la atencion de José Sedley.

Cuando los padres volvieron de su convite, encontraron á los jóvenes tan ocupados en su conversacion que ni siquiera oyeron la llegada del coche. José estaba diciendo:

— Mi querida miss Sharp, una cucharadita de jalea en premio de vuestra divina ejecucion.

— Bravo, José, exclamó M. Sedley.

Al oír aquella voz burlona que le era muy conocida, José esantado volvió á caer en su silencio habitual y se escapó lo mas pronto posible.

No pasó la noche despierto reflexionando si le amaba miss Sharp ó no le amaba: la pasion del amor no turbó jamás ni el apetito ni el sueño de José Sedley, pero pensó un buen rato que le seria muy agradable el oír cánticos tan dulces cuando se hallase privado del teatro, que aquella jóven era muy distinguida, que hablaría el francés mejor que la señora del gobernador general, y que produciría mucha sensacion en los bailes de Calcuta.

— Es evidente que la pobre paloma me ama, dijo para sí; en cuanto á la riqueza, tiene la de todas las jóvenes que van á la India; seguramente no es un mal partido.

El sueño le sorprendió en estas meditaciones.

No trataremos de indagar si miss Sharp pasó la noche preguntándose en qué vendria á parar aquella comedia.

A la otra mañana José se presentó antes del almuerzo, inevitable como el destino; nunca habia hecho tanto honor á la casa.

Jorge Osborne estaba allí tambien ocupado, según él decia, en ayudar á Amelia que escribia á sus doce amigos predilectos de Chiswick Mall, y Rebeca continuaba su labor de la vispera, en tanto que el buggy de José se alejaba después que resonó en la puerta un formidable campanillazo.

José subió jadeando las escaleras que conducian al salon. Osborne y Amelia se miraron con malicia, y Rebeca se puso encarnada. Su corazon latia muy fuerte cuando José se mostró en el umbral de la puerta con sus botas lustrosas y un traje muy brillante escondido por el calor y la robustez entre su coleccion de corbatas. Era un momento crítico para todos.

Sambo, que anunció á M. José Sedley, le seguia riendo con dos hermosos ramilletes de flores que el seductor habia tenido la galantería de comprar aquella misma mañana en el mercado de Covent Garden.

Las jóvenes recibieron con mucho gusto el obsequio que José acompañó para cada una de ellas con un saludo torpe y majestuoso.

— ¡Bravo! exclamó Osborne.

— Gracias, mi querido José, dijo Amelia dispuesta á dar un beso á su hermano, si él se hubiera prestado á ello.

— ¡Oh! ¡qué flores tan hermosas! exclamó miss Sharp, y las estrechaba sobre su seno y las contemplaba en el éxtasis de la admiracion. Quizá miraba el ramo tan de cerca para descubrir si entre las flores se ocultaba algun papelito.

Pero no habia nada.

— Decidme, Sedley, ¿se conoce el lenguaje de las flores en Boggley-Vollah? preguntó Jorge riendo.

— No decis mas que tonterías, repuso José; las he comprado en casa de Nathan, y me alegro que os gusten; tambien he comprado una piña que he dado á Sambo para que la ponga en ensalada, refresca mucho y es propia de este tiempo.

Rebeca dijo entonces que nunca habia probado esa fruta, y que deseaba probarla hace tiempo.

En este punto se hallaba la conversacion cuando Osborne salió del cuarto, y Amelia salió tambien sin duda para ordenar que cortaran la piña; de todos modos, José se quedó solo con Rebeca que habia vuelto á tomar su bolsillo de seda verde.

— ¡Qué romanza tan hermosa habeis cantado anoche, miss Sharp, la dijo Sedley; por poco echo á llorar al oírlo!

— Porque tenéis muy buen corazón; todos los Sedley son lo mismo.

— Me ha tenido despierto toda la noche, y esta mañana quería tararearla en la cama; miss Sharp, mi querida miss Sharp, ¿queréis repetirla?

— Ahora no, dijo Rebeca con un suspiro; no tengo humor para cantar, y necesito concluir este bolsillo: ¿queréis ayudarme M. Sedley?

Y antes de haber tenido tiempo para reflexionarlo, M. José Sedley, de la Compañía de las Indias orientales, en la actitud mas humilde, tendía las manos para que le pusieran la madeja de seda verde que ella devanaba.

En esta posición romántica Osborne y Amelia encontraron á los dos jóvenes interesantes, cuando se presentaron anunciando que la ensalada estaba lista.

La seda estaba devanada, pero José Sedley no había dicho nada aun.

— Lo dejaré para esta noche, querida mia, dijo Amelia estrechando la mano de Rebeca.

Y por su parte José Sedley se decía á sí mismo:

— Esta noche en el Vauxhall abordaré la cuestión francamente.

V.

EL AMIGO DOBBIN.

La batalla entre Cuff y Dobbin y el desenlace inesperado de esa lucha quedarán por largo tiempo en la memoria de todos los que han sido educados en la célebre institución del doctor Swishtail. Dobbin, conocido con todos los apodos de desprecio que se usan entre los colegiales, pasaba por el ente mas torpe de todos los alumnos del doctor Swishtail. Su padre era un tendero de comestibles de la Cité, y corría el rumor de que había sido recibido en casa del doctor en virtud de un sistema de libre cambio, es decir, que su padre pagaba en comestibles, no en dinero. Con su pantalón y su chaquetilla de terciopelo rayado, cuyas costuras hacía saltar la robustez de sus miembros, pasaba en el interior de la escuela como un representante de tantas libras de té, de azúcar, de jabón y de pasas que se consumían anualmente en el establecimiento.

Día muy terrible fué para Dobbin aquel en que los chiquillos de la escuela reconocieron á la puerta el carretón de la casa Dobbin y Rudge, tenderos de comestibles, en Thames street, mientras descargaban una provision de mercancías.

Desde entonces no hubo tregua.

— Dobbin, decía uno de los tunantuelos, buenas noticias en los periódicos, ha subido el azúcar.

Otro le proponía el problema siguiente:

«Si una libra de jabón vale catorce cuartos y medio, ¿cuánto valdrá Dobbin?»

Y luego se declaraba una risa general en aquella pandilla de bribonzuelos, que juzgaban en su sabiduría que la venta al por menor es un comercio vergonzoso.

— Osborne, vuestro padre no es mas que un mercader, dijo Dobbin en particular al mocito que había levantado la tempestad contra él.

— Mi padre, respondió el otro con altanería, es noble y sabe conservar su rango.

William Dobbin se retiró á un rincón del patio sumergido en la tristeza mas profunda. ¿Quién de nosotros no recuerda esas horas penosas y amargas, esos dolores de nuestra infancia? ¿Quién siente mas que un niño la injusticia? ¿Quién tiembla mas delante de la burla? ¿Quién experimenta un dolor mas grande por el mal que le causan, y una gratitud mas expansiva por una acción bondadosa? ¿Y no teméis atormentar esas almas tiernas, por un error de aritmética, por el amor del latín que Dios confunda?

William de resultas de su incapacidad para aprender los elementos de la lengua susodicha, tales como están presentados en la obra maravillosa titulada *Gramática latina de Eton*, se vió constantemente entre los principiantes del doctor Swishtail. Siempre le adelantaban los muchachos de cara rubicunda y grandes moftetes, con sendos delantales, y entre los cuales se elevaba él como un coloso. Su mirada vaga y atónita, su abecedario estropeado y su pantalón estrecho le designaban á las burlas de sus compañeros. No había uno que le atormentara; pero él lo soportaba todo con una resignación digna de lástima.

Cuff, por el contrario, era el gallito de la casa Swishtail. Introducía vino fraudulentamente, pegaba á los externos y hacia traer su caballo á la puerta del colegio para volverse con su familia todos los sábados. Tenía en su cuarto unas botas muy grandes, que se ponía para ir á caza los días de recreo. Concurría mucho á la Ópera y conocía lo bueno y lo malo de cada autor: prefería Joan á Kemble. Sabía hacer veinte versos latinos por hora, y no le era extraña la poesía francesa. ¿Qué no sabía Cuff y qué no podía hacer? Se aseguraba que hasta el doctor le tenía miedo.

Cuff era pues el soberano reconocido por todos; él los gobernaba y los hundía con su impertinencia, y nadie pensaba en contestar sus derechos. Despreciaba á Dobbin como á ninguno, y aunque siempre dispuesto á reírse de él, muy pocas veces le dirigía la palabra. Un día, sin embargo, se hallaron frente á frente. Dobbin estaba solo en la clase escribiendo una carta á la

casa paterna; llega Cuff y le manda que haga un recado.

— No puedo, dijo Dobbin, tengo que acabar mi carta.

— ¡No podeis! exclama Cuff haciendo ademán de apoderarse del mensajero en el cual había muchas palabras borradas, otras mal escritas y que no obstante había costado á Dobbin no sé cuantas reflexiones, cuantas lágrimas y cuánto trabajo; pues el pobrecillo escribía á su madre que estaba loca por él, aunque era mujer de un tendero de comestibles de Thames street; quisiera saber porqué no podeis; mañana escribireis á mamá Figs.

— Bien podiais llamarla por su nombre, dijo Dobbin saliendo de su banco con mucha agitacion.

— Haced el recado, exclamó el tirano de la escuela.

— Dejad esa carta, repuso Dobbin, las personas de educación no leen las cartas.

— Pero ¿no vais?

— No, y cuidado con tocarme porque os aplasto, vociferó Dobbin lanzándose sobre un tintero de plomo, y con una mirada tan terrible que Cuff se quedó parado, se estiró los puños de la camisa, metió sus manos en los bolsillos y salió murmurando. Desde entonces no tuvo ya ninguna relacion directa con el hijo del tendero; no obstante, debemos decir que trataba á Dobbin con el mayor desprecio, pero no en su cara.

Algun tiempo despues, en una tarde de verano, Cuff se encontró no lejos de Dobbin que tendido bajo un árbol del patio leía con delicias las *Mil y una noches*. Separado de los demás que estaban jugando, se hallaba casi feliz en su aislamiento; olvidaba entonces el universo por otro mundo en que acompañaba á Simbad el marino por el valle de los diamantes.

Los gritos de un niño que lloraba le arrancaron de su agradable lectura, y alzando los ojos vió á Cuff sacudiendo el polvo á uno de los chicos menores.

Era justamente el que había denunciado el comercio del padre de William; pero este si tenía rencor no era contra los pequeñuelos.

Cuff le había enviado á comprar ron á un cuarto de milla de la casa, y al saltar la tapia de vuelta de su encargo se había caído y la botella se había hecho mil pedazos.

— ¿Porqué la habeis roto, tunante, ladronzuelo? Os habeis bebido el licor y decis que se ha roto la botella. A ver esa mano.

La palmeta cayó fuertemente sobre la mano del pobre chico que soltó un gemido agudo.

Dobbin alzó los ojos; Simbad el marino, el valle de diamantes, todo eso desapareció ante el espectáculo de un mozuelo que abusaba del temor que todos le tenían.

— La otra mano, decía Cuff al niño en cuyo rostro se pintaban las contracciones del dolor.

Dobbin sintió una crispacion en todos sus miembros mientras caía otra vez la palmeta sobre la mano de la criatura, y se puso en pié. No sabriamos decir la razon; pues las palmetas en una escuela pública son como los latigazos en Rusia, á nadie chocan. Quizás el alma bonachona de Dobbin se sublevaba contra aquel acto de tiranía, ó quizás, presa de un deseo furioso de venganza, queria medirse con aquel despótico y orgulloso verdugo que se daba el aire de un conquistador. Fuese cual quisiere el motivo de la determinacion de Dobbin, lo cierto es que dió un salto y dijo con voz firme:

— Deteneos, Cuff, ó si no...

— O si no, ¿qué?... preguntó Cuff muy sorprendido con la interrupcion; vamos, esa mano, chiquillo.

— O si no, vais á llevar la felpa mas hermosa que se ha visto en la vida, dijo Dobbin.

Osborne, sin dejar de llorar y sollozar, echó una mirada de incredulidad y de asombro al campeón que acudía de repente en su defensa; el asombro de Cuff no era menor tampoco.

— Despues de la clase, respondió haciendo una pausa y con una mirada que significaba: «Haced vuestro testamento.»

— Esta bien, dijo Dobbin; Osborne, me servireis de padrino.

— En hora buena, contestó el niño; y como su padre tenía coche se sonrojó algun tanto del campeón que le deparaba.

Mas aun, cuando llegó la hora del combate, casi se avergonzaba de decirle: «Vamos, Figs.»

En los dos ó tres primeros pases de esta famosa lucha no se elevó una voz en la galería. El brillante Cuff se había adelantado con una sonrisa de desden en la boca tan alegre como quien va de baile, y acertó tan bien en sus golpes que otras tantas veces arrojó al suelo á su adversario. Cada una de estas caídas era saludada por una aclamacion general.

— ¿Cómo me va á castigar cuando se acabe, pensó Osborne al levantar á Dobbin; hariais bien en ceder, le dijo; pasaré un mal rato, pero ya estoy acostumbrado.

Sin embargo, Figs, que temblaba en todos sus miembros y arrojaba espuma por la boca, rechazó á su padrino y volvió á la carga.

Figs quiso dar un ataque decisivo; como era zurdo, empuñó su brazo izquierdo en lo mas fuerte de la accion sin dar tiempo á su enemigo para que parase los golpes, y la primera vez le alcanzó en un ojo y la segunda le aplastó su hermosa nariz á la romana.

Cuff rodó por el suelo con sorpresa de los espectadores.

— Bien, muy bien, dijo Osborne con un aire de inteligente y dando palmadas.

En todo lo restante del combate el brazo izquierdo de Figs hizo terribles destrozos. A cada golpe Cuff mordía el polvo. Por fin este llegó á encontrarse fuera de com-

bate; había perdido su presencia de ánimo y toda especie de vigor para el ataque ó la defensa.

Figs, por el contrario, se hallaba imparable. Su rostro pálido, sus ojos animados, una herida bajo el labio que arrojaba mucha sangre, daban al jóven héroe un aire belicoso y feroz que quizá aterrorizaba á muchos espectadores. Faltaba no obstante un último golpe.

Si tuviera yo la pluma de Napier ó de Bell, no gustaría detenerme en describir esta peripecia postrera del combate. Era la última carga de la vieja guardia, ó mejor dicho, así debía ejecutarla un día, pues aun no había tenido lugar Waterloo. En otros términos, Cuff quiso hacer un esfuerzo supremo; pero ¡ay! la mano izquierda del mercader de higos fué á caer como de costumbre sobre la nariz de su adversario y le extendió por última vez en la arena.

— Creo que tiene ya bastante, dijo Figs mientras su adversario se había quedado sin sentido.

Todos los muchachos lanzaron tales hurras en honor de Figs, que se habría podido creer que durante el combate había sido su campeón favorito. El ruido fué tan grande que el doctor Swishtail salió de la sala de estudio para indagar lo que pasaba, y ya se disponía á castigar á Figs severamente, cuando Cuff, que había vuelto en sí y se lavaba las heridas, se presentó y le dijo: — Yo tengo la culpa y no... Dobbin. Me sorprendió maltratando á un niño, y me ha dado lo que merecía.

Este discurso magnánimo no solo evitó una correccion al vencedor, sino que le devolvió entre sus compañeros un poco del ascendiente que había perdido.

Osborne, con motivo de este lance, escribió lo siguiente á su casa:

«Richmond, marzo 18...

» Querida mamá: pienso que estais buena, y desearia que me mandáseis un pastel y cinco chelines. Ha habido aquí una batalla entre Cuff y Dobbin. El último ha vencido, y por consiguiente es hoy el rey en el colegio. Cuff me pegaba porque yo había roto una botella de leche, y Figs no quiso consentirlo. Le llamamos Figs porque su padre es tendero de comestibles, Figs y Rudge, Thames street, en la Cité. Como se ha batido por mí, hareis bien en comprar en adelante el té y el azúcar en su casa. Cuff va regularmente á ver á su familia todos los sábados, pero esta semana no podrá, porque tiene estropeados los ojos. Un caballo blanco le viene á buscar al colegio; mucho me gustaria que papá me permitiera tener un caballo blanco.

» Vuestro hijo obediente,

» JORGE SEDLEY OSBORNE.

» P. D. Muchos besos á Emmy. La estoy cortando un coche de carton.»

Despues de su victoria, Dobbin se creció poderosamente en la estimacion de todos sus compañeros, y el nombre de Figs, que había sido un objeto de risa, llegó á ser un apodo tan popular y respetuoso como el que mas en la escuela.

— No tiene él la culpa de que su padre sea tendero, decía Osborne.

Este cambio de posición vino á desarrollar el entendimiento de Dobbin. Hizo progresos maravillosos en sus estudios clásicos. Hasta el ilustre Cuff, cuyas condescendencias sonrojaban y sorprendían á Dobbin, le ayudaba para los versos latinos, y le llevaba en coche los días de salida. Se reconoció que aunque algo torpe en los estudios literarios, era muy listo para las matemáticas. Con satisfaccion general salió el tercero en álgebra, y recibió de premio un libro francés en los exámenes públicos del verano.

Habría querido que hubiéseis visto la cara de la madre cuando el doctor entregó al hijo el *Telémaco* en presencia de todos sus compañeros, de todos los parientes, de toda la asamblea, con la inscripción latina: *Gulielmo Dobbin*. Los muchachos aplaudieron en señal de aprobacion y de simpatía. Él se puso como un tomate, titubeó y tropezó veinte veces antes de volverse á su banco. Su padre, el viejo Dobbin, que desde entonces y por primera vez le cobró estimacion, le dió públicamente dos guineas, y despues de las vacaciones volvió al colegio con un frac de faldones largos.

Dobbin era un jóven muy modesto para suponer que debía este cambio feliz á la generosidad y á la energía de su conducta; y por falta de buen juicio, prefirió atribuir su buena fortuna á la intervencion y benevolencia de Jorge Osborne, á quien consagró desde entonces una amistad profunda; admiraba en secreto á Osborne, y ahora era su criado, su perrillo; repartía su dinero con él; no cesaban los regalos de cortaplumas, lapiceros, sellos de oro, café, libros de historia y grandes estampas de caballeros y ladrones, sobre las cuales podían leerse estos letreros: «A Jorge Sedley Osborne, esquire, su amigo afectuoso William Dobbin;» y Jorge recibía sus dedicatorias con toda la dignidad que convenia á su mérito superior.

Por eso cuando el teniente Osborne fué á Russell Square el día del paseo al Vauxhall, dijo á mistress Sedley:

— Pienso que me acordareis un puesto para mi amigo Dobbin, á quien he suplicado que venga á comer con nosotros y nos acompañe al Vauxhall. Es casi tan tímido como José.

— ¡Timidez! ¿qué es eso? preguntó nuestro moceton arrojando á miss Sharp una ojeada conquistadora.

— ¡Oh! en cuanto á elegancia, no se puede comparar con vos, mi querido Sedley, añadió Osborne riendo. Le he encontrado en Bedford al venir aquí, y le he di-

cho que miss Amelia habia regresado á casa de sus padres, que teniamos formado un proyecto de diversion nocturna, y que mistress Sedley le habia perdonado el bol de ponche que rompió en aquella fiesta de niños. ¿Os acordais, señora, de aquella catástrofe? Hace siete años.

(Se continuará.)

Incendio del teatro de Palma (ISLAS BALEARES.)

Al cabo de muchos trabajos y esfuerzos inauditos, se habia levantado en Palma uno de los teatros mas hermosos de la época actual; todos los forasteros se sorprendian al encontrar allí un edificio de una ornamentacion tan elegante y tan rica. El entendido arquitecto señor Sureda habia dado los planos y vigilado la ejecucion; el señor Herrison reemplazó la madera con el hierro en la techumbre y en casi toda la sala; el señor Tort, maquinista de Barcelona, y el señor Puig, escultor, se encargaron de todos los detalles artísticos, y por último el señor Cagé fué el autor de preciosas decoraciones. Todos esos señores rivalizaron en talento y solitud, y se debe en gran parte á sus consejos y á su buena direccion el que las obras se terminaran pronta y felizmente. En cuanto al señor Sureda dió pruebas de mucha habilidad; tenia que acomodar la construccion sobre un terreno desigual y reducido, y sin embargo supo unir la solidez á una elegancia rara; en suma, hizo un teatro que era una maravilla en Palma.

Así el dia de la inauguracion (19 de noviembre de 1857) fué una gran fiesta en la ciudad; ya podian ver los habitantes las piezas, de gran espectáculo, ya poseian un teatro á la al-

tura de las exigencias de la época. Durante siete meses se anhelaba la hora de ir á la funcion, pues es de advertir que despues de la demolicion del antiguo teatro, Palma estaba privada de representaciones teatrales.

En la noche del 11 de junio se dió *Macbeth*, cuyas decoraciones pintadas por el señor Cagé fueron aplaudidas estrepitosamente. La ejecucion fué admirable, y los espectadores se retiraron satisfechos á sus casas. Pero apenas habian trascurrido algunas horas de silencio y de tranquilidad, cuando de repente se oyó tocar á rebato en las casas consistoriales (no eran aun las tres de la mañana). Todo el mundo salió á la calle á contemplar el horrible espectáculo. El teatro ardia, pero no era aquello un incendio, sino un volcan en erupcion cuyas llamas furiosas debian convertir en breve el hermoso edificio en un monton de ruinas. Toda la techumbre acababa de hundirse. Tan alta se elevaba la columna de fuego rodeada de humo, que sin su viva luz se habria perdido de vista en el espacio. Parecia que estaba ardiendo toda la ciudad; apenas asomó el fuego cuando ya estaba todo reducido á cenizas.

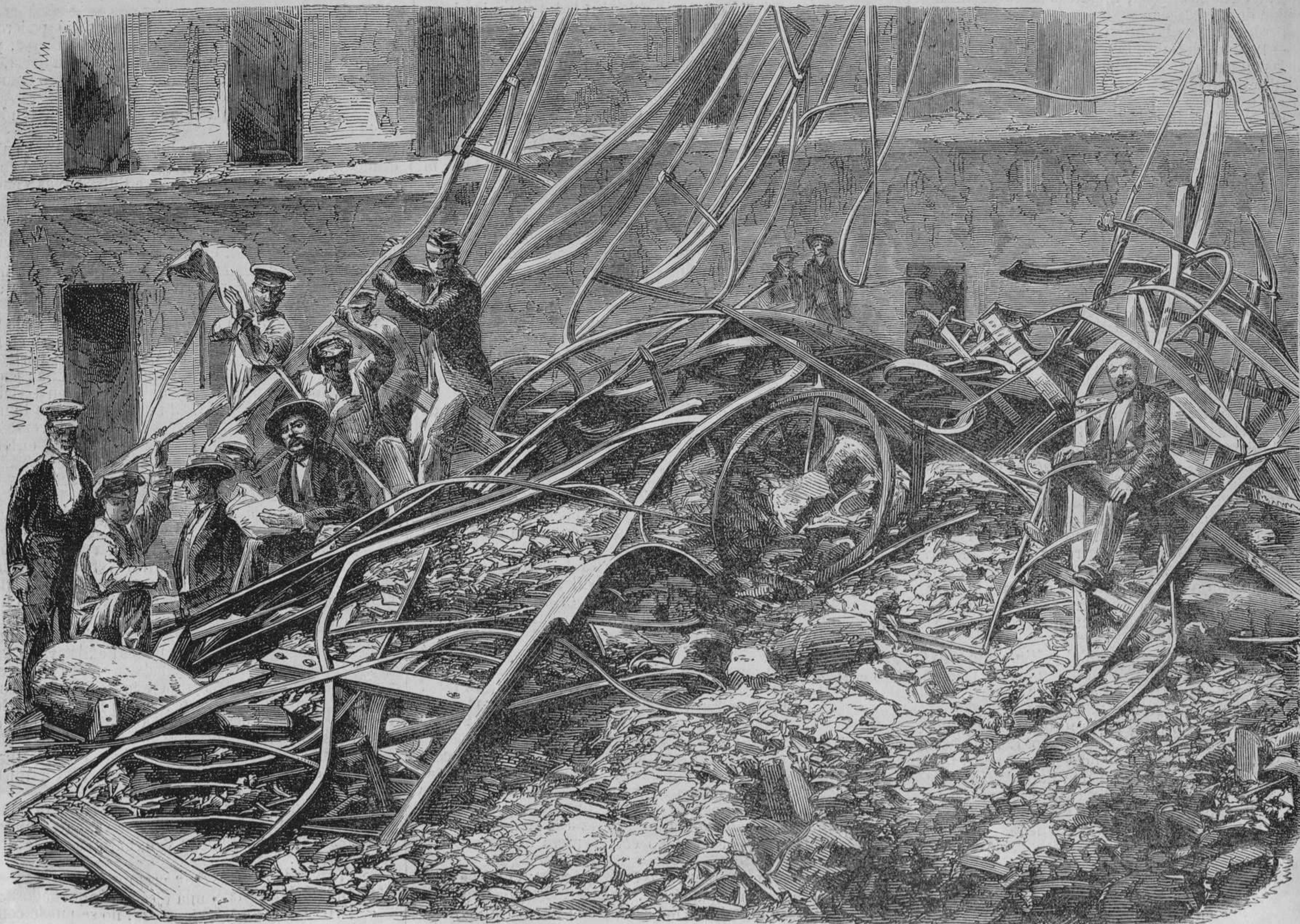
Ignórase aun la causa de ese incendio espantoso, y no parece fácil descubrirla. Los socorros acudieron por todas partes, pero todo estaba perdido. Por fortuna no hacia viento, pues si le hubiera hecho habria ardiendo sin duda una manzana de casas.

La pérdida ha sido inmensa; solo algunos muros gruesos, el salon de descanso, el café y la fachada es lo que queda en pié; pero los dibujos que publicamos copiados de pruebas fotográficas sacadas cuando aun funcionaban las bombas, dicen mas que todas las descripciones.

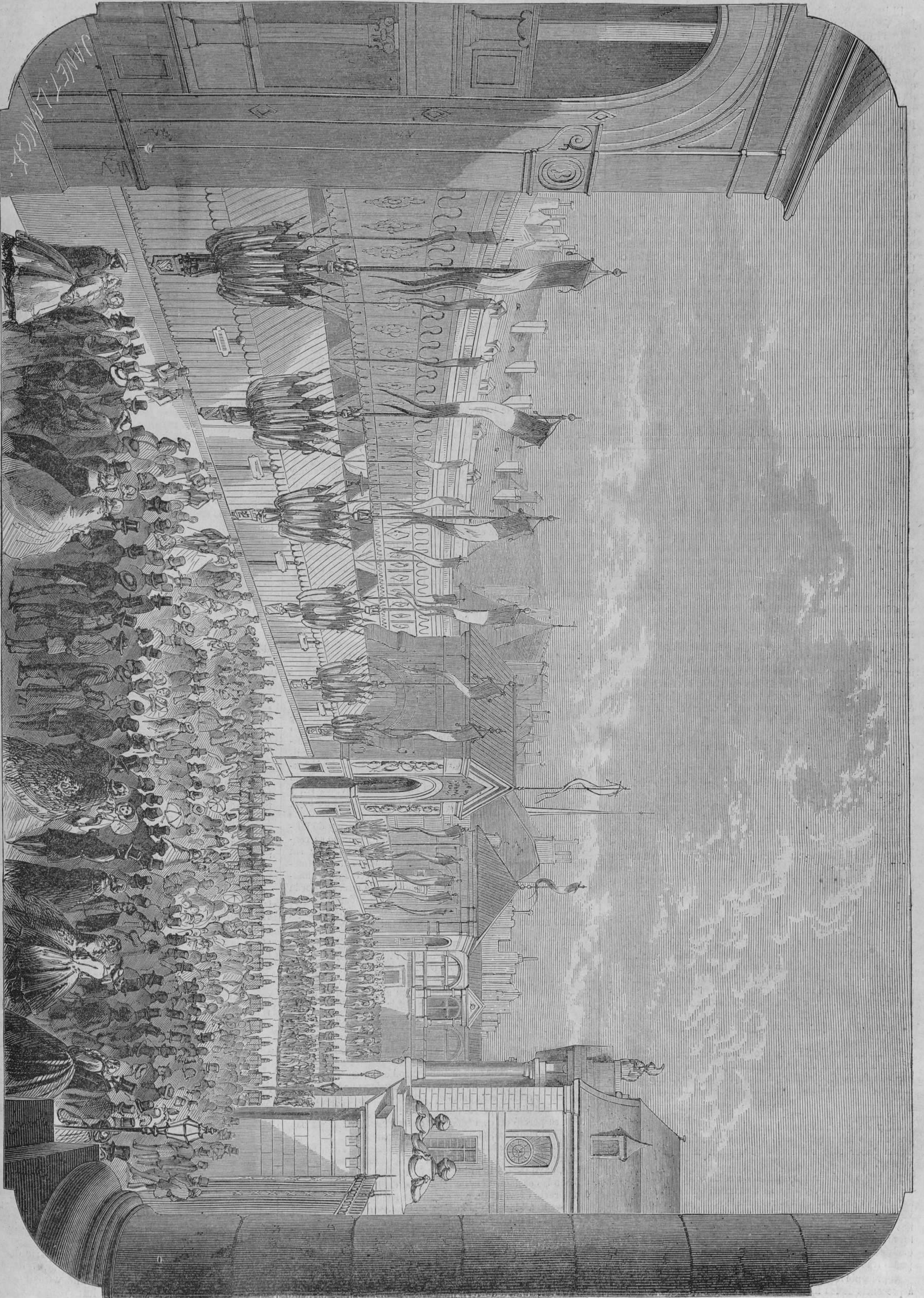
Se trata activamente de la reconstruccion. El teatro estaba asegurado por 30,000 pesos; la pérdida es de 40,000 pesos. V. P.



INCENDIO DEL TEATRO DE PALMA.



INTERIOR DEL TEATRO DE PALMA DESPUES DEL INCENDIO.



INAUGURACION DE LA EXPOSICION DE DIJON, EL 8 DE JULIO DE 1855.

La Exposición de Dijon.

El jueves 8 de julio se inauguró la Exposición de Dijon. Veinte y cinco salas grandes del palacio de los Estados y tres inmensos anejos se consagraron á ese importante concurso de las riquezas agrícolas, industriales y artísticas del país. A las once la comisión de la Exposición, que llevaba á su cabeza á su presidente M. Vernier, alcalde de Dijon, diputado, recibió al prefecto de la Côte-d'Or, á los generales que mandan la división y el departamento, y á las principales autoridades convocadas para esa importante ceremonia.

Después de un corto discurso pronunciado por el presidente y la respuesta del prefecto, el cortejo recorrió las diferentes partes de la Exposición, y pudo admirar las numerosas riquezas acumuladas por primera vez en una provincia por los artistas, los fabricantes y los industriales franceses.

A las dos se abrieron las puertas al público.

No emprenderemos hoy la descripción de esta Exposición cuya apertura se ve representada en nuestro dibujo. Diremos únicamente que hay en ella productos de 2,000 expositores domiciliados en todos los puntos de la Francia y aun del extranjero.

Después de los grandes torneos de Londres y París, Dublin y Nueva York tuvieron exposiciones semejantes. Dijon tiene ahora la suya, y sin temor de que se nos desmienta podemos decir que en Francia, desde la Exposición de 1855, nada puede compararse con lo que se ve en Dijon en 1858.

No dudamos que el ejemplo que acaba de dar la antigua capital de la Borgoña será aprovechado mas ó menos tarde por varias ciudades francesas cuya importancia las designa naturalmente para fiestas análogas.

La Exposición de Dijon estará abierta durante dos meses.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

ABASTECIMIENTO DE LOS MERCADOS DE PARÍS: — Antiguamente los pueblos circunvecinos proporcionaban casi exclusivamente á la capital las frutas y las verduras necesarias para su consumo, y solo á fuerza de grandes gastos llegaban de las provincias meridionales algunas frutas primerizas. En el día, desde la creación de los caminos de hierro, París se ha convertido en un gran centro de consumo y abastecimiento cuya atracción se hace sentir hasta en los departamentos mas próximos á la frontera.

En lo mas riguroso del invierno, Argel, la Gascuña y el Languedoc nos envían primicias que rivalizan con las de nuestros invernáculos; y cuando la estación normal trae á nuestro mercado los productos de las afueras de París, los envíos de las provincias continúan, y para todos los frutos sin excepcion, estas remesas constituyen una temible concurrencia para los hortelanos de los alrededores de París.

El radio de abastecimiento, tan considerablemente extendido, ha introducido un cambio notable en el sistema de venta. Es necesario leer en el prólogo del *Libro de los oficios*, de M. Deping, el análisis de los reglamentos de policía por los cuales desde el rey Juan hasta la Revolución se ha venido rigiendo el mercado de París. Para la compra de los víveres, los vecinos de la ciudad tenían la preferencia sobre los expendedores, que no podían comprar ciertos artículos sino en horas determinadas que dejaban á los parisienses suficiente tiempo para proveerse antes que ellos. Temiase el acopio y el monopolio, y á causa de este temor tratabase con poco miramiento á los revendedores. La policía cuidaba sobre todo de que el mercado estuviese bien provisto y de que fuese accesible á todas las clases de la sociedad «para que el pobre pudiese concurrir allí con el rico» dice la obra de Estéban Boileau.

Las cestas y canastas se descubrían en la calle de la Grande-Chauffetterie, «contigua al mercado» y de esta calle salía el enjambre de revendedores que, con sus variados gritos, iban á ofrecer sus mercancías á todos los barrios de la capital. Bajo pena de castigo «corporal y de multa arbitraria,» el mercader forastero no podía descargar sus artículos ni en los caminos ni en la vía pública; lo mismo que estaba prohibido á los revendedores el comprar, «fuera del sitio destinado á cada artículo en el mercado,» á ciertas horas y hasta después de haber pasado su visita los jurados encargados de examinar «las frutas y las hortalizas.»

Finalmente, cualquiera que condujese verduras ó legumbres verdes á la ciudad estaba obligado á pagar un derecho al verdugo de París. El ejecutor público pasaba á recibirlo en persona acompañado de sus ayudantes, quienes á medida que los hortelanos le pagaban su derecho, les hacían una señal en el dorso con un yeso blanco. Legend d'Haussy, que escribía en 1782, y de quien tomamos estos pormenores, asegura haber preguntado sobre este hecho á varios hortelanos que se acordaban haber sido señalados de aquella manera en su juventud.

Excusado es decir que algunas de estas antiguas costumbres se han conservado, y que se descubren todavía vestigios de su espíritu previsor en los reglamentos de policía hoy día en vigor. Los inspectores de policía desempeñan ahora las funciones de los antiguos jurados, examinando la buena calidad de los artículos; pero el interés del consumidor ha hecho cambiar el sistema de venta usado entonces, rompiendo al propio tiempo las trabas impuestas á la libertad de este comercio.

Al presente los artículos se venden anunciándolos en alta voz á presencia de los mercaderes que los han traído, ó se envían

directamente del sitio de producción á comisionados que los expenden al pormayor por cuenta de los que los remiten. De pocos años acá se ha adoptado un tercer método de venta que se ha generalizado bastante, consistiendo en enviar los artículos á determinadas personas. Los productores expiden directamente los artículos á mercaderes que los reciben y llevan al mercado solo para que se haga su registro, pasando después al consumo de varias maneras, ya sea por cuenta de los revendedores que los han comprado de antemano, ya por cuenta de los productores cuando estos siguen siendo propietarios de ellos.

Pasemos ahora á examinar cuáles son las cantidades y los precios de las frutas y de las hortalizas que llegan diariamente á los mercados de la capital por las diferentes vías mencionadas.

Pocas personas se formarían hoy día una idea de las proporciones que toman estas remesas; no conocemos mas que la obra de M. Husson, sobre los *Consumos de París*, que contenga acerca del particular una serie de datos tomados de noticias oficiales. De este libro, al cual la Academia de ciencias morales y políticas acaba de conceder el premio de estadística, hemos extraído una parte de los pormenores que anteceden, y en él encontramos también las cifras siguientes:

* Las manzanas enviadas á París en 1853 pasaron de 112.296,017 kilogramos; las peras excedieron de 150 millones de kilóg.; las cerezas y las grosellas se calcularon en 25 millones de kilóg.; las uvas en 500,000 kilóg., y las ciruelas en mas de 117 millones de kilóg. Estas cifras enormes, que á primera vista podrían parecer exageradas, se explican fácilmente si se considera que la cidra fabricada en el interior de París absorbe una inmensa cantidad de manzanas y peras, y que las ciruelas y las grosellas son empleadas en la confección de conservas preparadas con azúcar y alcohol que se consumen en gran parte al exterior. ¿Se quiere saber la cantidad de naranjas que se devoran en París en un año? En 1854 se vendieron estas en número de 4.906,320, y sin embargo, en el siglo XVII estos frutos eran bastante raros para que Mlle de Montpensier se extasiase en sus memorias hablando de algunas naranjas de Portugal que le había regalado Monsieur, hermano del rey.

Las limonadas gaseosas que París exporta á todo el mundo han aumentado también el número de limones empleados en la capital. Niza y el reino de Nápoles nos enviaron el año último 3.366,000 limones, así es que la venta de estas dos especies de frutos han importado casi la cantidad de 1.700,000 fr. Desde que el vino ha empezado á escasear, el consumo de las pasas empleadas para hacer bebidas ha tomado igualmente un grande desarrollo, pues la confección de una bebida compuesta de azúcar y nebrina no exige menos de 3 millones de kilóg. de estos frutos que el comercio de París importa cada año de Grecia y de Portugal.

Las verduras frescas llegan también á los mercados en cantidades asombrosas: las coles, zanahorias y patatas exceden de 90.815,972 kilóg. de peso; las legumbres diversas, tales como guisantes, espárragos, habichuelas, etc., llegan á 37 millones de kilóg. En total entran en París casi 150 millones de kilóg. de legumbres tiernas, secas, secadas al vapor ó conservadas en vasos de vidrio ó de hojadelata.

El *Manual del cultivador hortelano*, obra premiada por la Sociedad imperial de Agricultura, da curiosos pormenores sobre este género de cultivo en París y sus alrededores. La industria del hortelano se ejerce sobre 1,378 hectáreas de terreno de regadío que contienen 360,000 espalderas y 2.160,000 campanas de vidrio. Trabajan en la conservación de estos jardines 9,000 personas, y 1,700 caballos se emplean en la irrigación de las tierras y al trasporte de los productos. El gasto anual de los estercoleros y abonos excede de 1.810,000 fr., y los ingresos procedentes de la venta de las hortalizas no baja, en este solo radio, de 15.500,000 fr.

En la actualidad los guisantes nos llegan de Africa y de Burdeos empezando á venir en el mes de enero, y aunque se venden todavía muy caros, se pueden sin embargo comer sin pagarlos como algun día á «cincuenta escudos el litron» (medio cuartillo). Consúmense cada año en París cerca de 5 millones de kilóg. de guisantes; los carretones que circulan por la ciudad durante la temporada de ellos los expenden á precios sumamente módicos. Madame de Maintenon escribía en mayo de 1696 acerca de estos mismos guisantes:

«El capítulo de los guisantes dura siempre; el afán de comerlos, el gusto de haberlos comido y la alegría de comerlos son los tres puntos que ocupan á nuestros príncipes hace cuatro días. Hay señoras que después de haber cenado con el rey, y cenado bien, encuentran guisantes en su casa para comerlos antes de acostarse á riesgo de sufrir una indigestion. Es una moda, un furor en que el uno contagia al otro.»

En resumen, París gasta anualmente unos 60 millones en compras de frutas tiernas ó secas, y mas de 33 millones en legumbres de toda especie.

Citemos al concluir este artículo otro hecho, en apoyo de lo que decíamos al principio, sobre la extension que ha tomado de algunos años á esta parte el radio de abastecimiento de la capital. Sabido es que el año pasado la cosecha de las manzanas se perdió en casi todos los departamentos inmediatos á París. Sin embargo, el comercio se apercebió apenas de ello, y los Ardenes, que hasta entonces no habian nunca enviado un solo fruto á la capital, inundaron nuestros mercados de manzanas, cuyo precio bajo hasta 18 fr. los 100 kilog. Igual sucedió con las castañas; las de Lion y las del Limusin se vendían á un precio exorbitante y la escasez se hacia ya sentir. ¿Quién ha salvado á todos los pequeños expendedores, cuyo hornillo viene cada invierno á instalarse á la esquina de nuestras calles? ¿Quién ha hecho bajar esta mercancía un 50 por 100 en un día? La Bretaña, que reparó un día que el país estaba cubierto de castañas y que el camino de hierro de Rennes podía en algunas horas trasportar toda su cosecha á París; la Bretaña, de la cual nadie se había acordado excepto quizá algun especulador, amigo de leer memorias, que no había olvidado

estas encantadoras líneas escritas en Rochers, por madama de Sevigné, en octubre de 1671:

«En cuanto á nosotros, las castañas constituyen todo nuestro lujo. Dias atrás tenía tres ó cuatro cestas llenas á mi alrededor; después de hervir y asar una cantidad de ellas las metí en mi faltriquera. Se comen castañas en los guisados, se pisan castañas por todas partes; en una palabra, las castañas son la riqueza de la Bretaña.»

— BIBLIOGRAFIA: — Dice la *Revue de l'instruction publique* de París:

«La biblioteca pública de San Petersburgo ha comprado, no hace mucho tiempo, la colección de Palimpsestos y otros manuscritos que el célebre profesor Fischendorf había traído del Asia á Alemania, hace algunos años. Estos palimpsestos son en número de diez y siete. En uno de ellos se lee el texto del *Pentateuco*, en letra del siglo V ó del VI; en otro, algunos fragmentos del Nuevo Testamento, en siete géneros de escritura, aunque pertenecientes casi todos al siglo V. Otros dos palimpsestos contienen fragmentos de *Isaías* y del *Libro de los Reyes* escritos en el siglo VII ó en el VIII. Estos diversos textos serán también publicados en breve por el profesor Fischendorf en el primer tomo de sus *Monumenta sacra. Nova collectio*. Un palimpsesto sirio-georgiano, una fiel traducción de la primera página del texto griego del Evangelio de San Lucas. También debemos mencionar un manuscrito árabe muy importante, puesto que contiene el texto árabe mas antiguo de las *Cartas Paulinas*, y en fin, un manuscrito carástico y abínico. Estos palimpsestos, á pesar de que algunos de ellos están escritos tres veces, han sido descifrados, con cortas excepciones, sin aynda de los agentes químicos.»

— Dice un periódico:

«No hay nación alguna en Europa donde se encuentren tantos libros, ni tan baratos, como tampoco tan bien elaborados y fáciles de consultar, como en la China en el catálogo manuscrito de un librero de Canton; los cuatro libros de Confucio, con los comentarios, tienen su precio equivalente á 3 francos 75 céntimos.

Diccionarios, enciclopedias, descripciones estadísticas, tratados de tecnología, códigos, obras filosóficas, en una palabra, todos los libros que facilitan la instrucción, están esparcidos por toda la China, y el gobierno contribuye por todos los medios á su publicación.

En 1773 el emperador Kieu-loug mandó imprimir una biblioteca general compuesta de las obras mas estimadas de la China, biblioteca que, segun el decreto del príncipe, debe contener «ciento sesenta mil volúmenes.» Esta vasta colección formará cuatro bibliotecas llamadas Sse-Koud, ó los *Cuatro Tesoros*. Aun no ha terminado su publicación; hace algunos años se componía ya, segun un documento oficial, de «setenta y ocho mil seiscientos veinte y siete» tomos; este es uno de los fenómenos bibliográficos mas poderosos que se conocen.

— En Holanda, pequeño país, que solo cuenta 3 millones de habitantes, se han publicado de 1848 á 1856, casi 1,800 obras al año, y el número ha ido siempre en aumento. Parecieron en 1856: — 1,859 obras nuevas que pueden clasificarse así: Teología, 349; filosofía ó historia literaria, 265; libros para las escuelas, 188; economía política, 138; historia, 112; filosofía natural, 52; matemáticas, 25; jurisprudencia, 48; metafísica, 17; bellas letras y novelas, 142. Las 523 restantes no están clasificadas. Se publican además 150 periódicos y 60 folletos periódicos. Hay en el país 900 libreros y editores, 289 impresores, 134 fabricantes de papel.

— Ultimamente se ha subastado en Londres la importante obra del señor *Leigh Sotheby*, sobre los libros xilográficos. De esta obra en tres volúmenes en 4^o titulada *Bloo-Book*, no se han tirado mas que 250 ejemplares. Comenzada desde el año de 1814, por *Sam. Sotheby*, librero distinguido y experto en las ventas, esta curiosa colección de fac-símiles ha sido continuada hasta nuestros dias por su hijo *Sam. Leigh Sotheby*. Cuando uno de esos raros monumentos tipográficos se presentaba á la venta, los señores Sotheby se apresuraban á sacar el fac-símile de una de las mas bellas planas del libro. Así es como, durante cuarenta años, ha ido sucesivamente creciendo esta colección, hasta llegar á componerse, como hoy se compone, de 120 planas, que reproducen la página mas preciosa de otros tantos libros xilográficos. Para completar este trabajo tanto como le fuese posible, el señor Sotheby ha explorado los depósitos públicos y las colecciones particulares de Flandes, Holanda y Alemania.

— El maronita Khabil-effendi Alkhari ha emprendido en Beyrouth (Siria), la publicación de un periódico en lengua siríaca, titulado *Hadics al Ackhbar* (Jardín de novedades), del cual han visto ya la luz hasta catorce números. El fin de esta publicación es dar á conocer el mundo occidental al Oriente y recíprocamente, el mundo oriental sobre todo la Siria, al Occidente. Alkhari es un jóven de grandes esperanzas, y el señor Reimand, en su estudio sobre el *Estado de la literatura de los Arabes modernos de Siria*, publicado en el periódico asiático, le menciona con grande elogio al lado de los eruditos siríacos mas famosos, como Nasif, Malluf, Paolo Rochard y otros.

Ferro-carriles españoles.

INAUGURACION DE LAS OBRAS DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE EN TOLOSA Y EN SAN SEBASTIAN.

Las obras del camino del Norte que parte de Madrid y se termina á 31 kilómetros de Bayona, se hallan empezadas en Castilla la Vieja hace año y medio, y se acababan de inaugurar ahora en Tolosa y en San Sebastián.

(Guipúzcoa) en medio de las aclamaciones populares. La siguiente correspondencia de San Sebastian ofrece el cuadro de esta inauguración en aquella parte del ferro-carril del Norte:

El día 22 de junio de 1858 formará época en los anales del pueblo guipuzcoano.

Después de no pocas contrariedades vencidas y merced á los grandes sacrificios que se ha impuesto esta provincia, impulsada por un verdadero patriotismo, tuvimos por fin el placer de presenciar la inauguración del ferro-carril del Norte en Guipúzcoa.

El entusiasmo que este suceso ha causado en la provincia, es inexplicable: todas las clases, todas las personas han saludado ese memorable día como el episodio de su futura felicidad.

La ceremonia de la inauguración tuvo efecto en dos puntos diferentes: en Tolosa, residencia de la diputación general de la provincia, y en esta capital.

Nos ocuparemos de lo acaecido en esta última, apuntando tan solo, con respecto al primer pueblo, que la animación y el regocijo salieron de los límites de lo común, victoreándose calorosamente á la reina y á las autoridades.

La ceremonia tuvo lugar en una hermosa explanada donde se levantó una tienda en forma de pabellón, porque la vía no penetra en Tolosa.

A las dos de la tarde y en medio de generales aclamaciones, llegó á San Sebastian la numerosa comitiva que había asistido á la inauguración en Tolosa, y acto seguido se pusieron en marcha para el sitio en que aquí debían inaugurarse los trabajos del ferro-carril.

El lugar escogido para el acto era el de la izquierda de la ría de Santa Catalina, á la orilla misma del mar; y por sí Vds. no han tenido la fortuna de ver estas comarcas, diréles que son tan pintorescos sus contornos, con la sublimidad del Océano, con la rara gradación de sus montañas, con su rica y pe petua vegetación, que no es empresa humana describirlos. Jamás pudo buscarse marco mas bello para el hermoso cuadro que allí vivo aparecía.

Componían el concurso oficial el gobernador de la provincia, que presidía la ceremonia, los diputados generales, los diputados á Cortes por la provincia, el ayuntamiento de esta ciudad, el respetable clero de la misma, el cuerpo consular, el gobernador militar de la plaza, varios individuos del Crédito moviliario español, entre los que vimos á los señores Duclerc y Pereire, con otras muchas personas distinguidas, y algunos personajes políticos de gran valer.

Terminada la ceremonia se pronunciaron algunos discursos propios de la oportunidad.

Al anoecer todas las personas de la comitiva, en número de ochenta, se reunieron en un banquete que dió la diputación general en celebridad de tan fausto acontecimiento.

El gobernador inició los brindis dirigiendo uno á S. M. la reina, que fué acogido con unánime aclamación, siguióle el diputado general señor Zavala, brindando por el príncipe de Asturias, y después lo hicieron el señor Gonzalez Bravo, los individuos del Crédito moviliario, el señor Madoz y otros.

Por la noche hubo algunos festejos públicos: música, bailes del país, fuegos artificiales y un himno del profesor Santisteban, alusivo á la inauguración, cantado al aire libre por mas de cien niños, y que perfectamente ensayado, causó un maravilloso efecto.

Eran las altas horas de la noche cuando el pueblo se retiró con los recuerdos de tan hermoso día, deseando como nosotros que llegue pronto la época de la terminación del deseado ferro-carril del Norte.

El director del Crédito moviliario, con motivo de la inauguración de las obras del ferro carril del Norte en su trayecto por Guipúzcoa, ha entregado al señor diputado general 30,000 reales para repartirlos entre los pobres de la provincia, y 10,000 á cada uno de los señores alcaldes de San Sebastian y Tolosa, destinados á sus respectivos establecimientos de beneficencia.

El *Journal des Débats* ha publicado en uno de sus últimos números la siguiente notable correspondencia, relativa al asunto que nos ocupa:

San Sebastian, 28 de junio.

El público francés se encuentra tan cansado de las inauguraciones de ferro-carriles, que no me atrevería á ocupar su atención refiriendo las escenas que acaban de suceder aquí, si la originalidad de las costumbres locales y los pintorescos cuadros que se han desarrollado ante nuestros ojos no diesen á cuánto hemos visto un interés particular y muy superior á todo lo que se pudiera decir acerca de viaductos y de túneles, de curvas, de grandes ríos y de término medio de ingresos ó de gastos calculados por kilómetro, etc., etc.

Con efecto, el martes de la semana última se procedió en San Sebastian y en Tolosa á la inauguración en la provincia de Guipúzcoa de los trabajos del ferro-carril del Norte de España; del que ha de unir directamente á Madrid y la península entera con la red de los ferro-carriles franceses, es decir, con el sistema completo de los de Europa. La importancia de semejante obra, que evitará á los viajeros y á las mercancías la necesidad de dirigirse por Marsella y Alicante, es á todas luces evidente, y no necesita comentarios. No tratando de confeccionar un prospecto de esta empresa, en mi carta no hay para qué decir que la extensión de esta línea se compone en su totalidad de 725 kilómetros, de los cuales solo un centenar exigen obras difíciles y costosas; bien es verdad que estos gastos están subsanados en parte por

una subvención de mas 54,000,000 de francos que el gobierno español le facilita, ó lo que es lo mismo, un 25 por 100 de lo que costará la construcción de la línea entera.

Tampoco hay para qué manifestar las legítimas esperanzas de tráfico que se pueden concebir con motivo de la explotación de esta línea, por medio de la cual los carbones de Castilla y de Leon podrán tomarse al precio de 20 á 25 francos, cuando hoy, sin su auxilio, no se pueden comprar sino al de 160 ó 170 francos la tonelada. También las minas de Barruelo y Valderrueda podrán dirigir por esta vía los cientos de millares de toneladas de coque que consumirán los ferro-carriles españoles, sin contar las que empleen las calderas de gas, los establecimientos metalúrgicos, la industria y el consumo doméstico, que carecen todavía de combustibles en la mayor parte de los puntos de España. Así mismo podrían citarse los trigos de Castilla que en los tres años de escasez que han afligido recientemente á Europa, han permanecido constantemente en los mercados locales, á precios inferiores á los de los granos que se iban á buscar á los principados danubianos ó á Egipto; porque la falta de vías de comunicación económica impedía de una manera casi absoluta que saliesen de sus provincias; y de igual manera los vinos, las lanas y otros cien productos que hoy permanecen ocultos y sin valor en la mayor parte de las localidades, esperando el ferro-carril para descubrir al mundo comercial los tesoros que encierra este país tan pródigamente dotado por la naturaleza.

Pero ocuparse en la reseña de estas ventajas, no sería mas que exponer lo vulgar de todos los prospectos, y concibo el fastidio del lector, indiferente á España, á quien se le fuera á contar todo esto en el momento en que ve las acciones de ferro-carriles franceses ó extranjeros de que quizás es co-propietario, en un estado de descenso como el que vienen padeciendo desde hace cerca de dos años. Por esta razón respetaré su legítimo mal humor, y dejaré á los especuladores, á los peritos y á los filósofos que aprecien lo que podrá valer el ferro-carril del Norte de España como renta, como instrumento de la riqueza general ó como auxiliar de la civilización; magnífico tema para desarrollarle, pero no hoy, por mi parte.

Mi propósito se reduce á querer demostrar las novedades de las condiciones bajo las cuales se verifica la construcción de este ferro-carril, y la interesante originalidad de las manifestaciones á que ha dado margen por parte de los pueblos beneficiados.

Hace ya dos años que el ferro-carril del Norte de España fue otorgado á la sociedad general del Crédito moviliario español, que es quien ha hecho por sí sola hasta aquí la construcción de esta vía; y necesarios eran los inmensos recursos de que disponía, la fuerza de voluntad de sus directores y su confianza en la obra, para que pudiera seguir esta empresa con el vigor que ha demostrado.

Los estudios completos que se han hecho en mas de 1,600 kilómetros, 177 kilómetros de terraplenes concluidos, un centenar de obras de arte, viaductos, puentes, túneles, etc., comenzados ó enteramente terminados, atestiguan la actividad que ha desplegado la sociedad, tanto mas meritoria cuanto que se veía abandonada á sus propios recursos; y la situación del mercado de capitales en Europa estaba lejos de serle favorable, al mismo tiempo que el público español se mostraba indiferente á una empresa cuyos resultados debía ser el primero en distrutar. Hoy, sin embargo, han cambiado las circunstancias: en vista de los grandes trabajos que se han practicado, los españoles empiezan á sentir los efectos de la impaciencia, y casi casi los del entusiasmo.

Unos querrian poner en explotación los kilómetros que solo aguardan ya los rails, las locomotoras y los coches; otros, hacen esfuerzos por atraer á su territorio un trazado imposible; otros, temen no poder conseguir el trazado que les prometería la ley y los estudios de los ingenieros; por todas partes se discute; los ánimos están por todas partes soliviantados. Esta cuestión ha pasado también al dominio de la política de tal manera, que la fuerza de las pasiones y de los intereses, excitada por el ferro-carril del Norte de España, después de haber sido la causa de la inesperada suspensión de las sesiones de Cortes, será probablemente también una de las razones que produzcan una modificación ministerial.

En medio de esta situación de ánimos se ha visto producirse un movimiento, de que quizá no ha habido ejemplo en ninguna parte, y que de seguro no ha tenido ni ha podido tener equivalente en Francia.

Las autoridades provinciales y municipales, que son aquí las verdaderamente populares, que funcionan con una libertad de acción de que no se tiene idea alguna allende de los Pirineos, y cuyo poder explica bien cuando se le mira de cerca, cómo la sociedad, protegida por estas instituciones benéficas, ha podido soportar sin mucho sufrimiento los resultados de las innumerables revoluciones que han turbado la existencia del gobierno general; las autoridades provinciales y municipales, decimos, han vuelto á consagrar al ferro-carril del Norte el mayor interés, entablado unas y concluyendo muchas con la sociedad del Crédito moviliario español, negociaciones destinadas á apresurar la conclusión de la obra, prestándole un apoyo moral y financiero cuya importancia nunca podría estimarse en todo su valor.

El ferro-carril de Madrid no es solo de este modo una especulación mas ó menos inteligente, es mas: es una empresa verdaderamente nacional, que los pueblos sos-

tienen y animan proporcionándoles su concurso con la mas noble espontaneidad.

El dichoso fin de una de estas negociaciones es el que acaba de celebrarse aquí con inusitado brillo, en medio de la alegría universal y con manifestaciones cuyos atractivos y originalidad merecen ser descritos. La reducida provincia de Guipúzcoa, que solo cuenta 140,000 habitantes, deseosa de ver llegar hasta su seno los trabajos que se practicaban, sobre todo en las Castillas, ha verificado un pacto con la sociedad de Crédito moviliario, por el cual se ha comprometido á dar, para tener su parte en la obra común, una suma de 40,000,000 de reales, cambiables al principio por obligaciones del camino de hierro del Norte, y después, cuando se haya constituido una compañía especial, por acciones libres de 500 francos: 40,000,000 de reales es una cantidad importante para una provincia tan pequeña, en la que se dice en el texto de sus fueros su evangelio político: «Esta tierra es pobre y nada produce;» pero no se ha creído pagar demasiado caro el compromiso contraído por la sociedad de Crédito moviliario de concluir en el término de tres años toda la parte de ferro-carril que atraviesa el territorio de Guipúzcoa.

Por otra parte, ya hace bastante tiempo que los fueros se promulgaron la primera vez, y gracias á su influencia, las circunstancias han cambiado de tal manera, que hoy la provincia guipuzcoana es una de las mas florecientes é industriales de la monarquía española.

La laboriosidad de sus habitantes, sus costumbres patriarcales y la sinceridad de su patriotismo, han producido los resultados que debían esperarse, y el país es hoy rico, si no por la naturaleza, al menos por los esfuerzos de sus hijos, y por el interés que les inspira aunque les lleven lejos de su seno los azares de la vida: una prueba de esto es, que de los 36,000,000 de reales que las autoridades provinciales tienen en caja realizados por suscripciones, uno ó dos han sido remitidos por guipuzcoanos establecidos en la Habana, que no olvidan jamás los pintorescos valles donde nacieron.

La diputación provincial, ó el consejo general de Guipúzcoa, como se diría en Francia, tenía empeño en hacer ratificar por medio del sufragio popular la distribución que había dado á los fondos públicos, y escogió la ocasión que naturalmente le ofrecía la inauguración de los trabajos en la provincia, para provocar la expresión del sentimiento general, que por esta vez respondió con verdadero entusiasmo al llamamiento de sus magistrados. Efectivamente, nada mas interesante que ver en todos los rostros la satisfacción y la alegría, y contemplar las villas y las aldeas de este país adornadas con gallardetes, colgaduras é iluminación, como en los días de fiesta mas señalados. Pero sobre todo, lo que merece mencionarse y aplaudirse, lo que casi parecerá increíble es que en medio de estas demostraciones de júbilo y febril entusiasmo, ha reinado el mayor orden, sin que la fuerza pública interviniese para nada, ni aun asistiese revestida de sus poderes á un acto tan memorable para los vizcainos.

Concurrieron, sí, algunos migueletes, mas para aumentar el brillo de la ceremonia con el ruido de sus descargas, que para imponer; dos maceros y algunos honrados alguaciles con sus clásicos trajes; y su sola presencia bastó para contener á millares de espectadores en sitios cuya demarcación no había sido indicada por ninguna señal exterior. Los héroes de la fiesta, los diputados provinciales, se encontraban allí de toda etiqueta y protegidos por el respeto y la simpatía visible de sus conciudadanos. En cuanto á los soldados del ejército de la reina que están de guarnición en San Sebastian, parecía que no se había pensado en ellos. Se hallaban confundidos entre la multitud de curiosos sin las armas de fuego que hubieran podido emplear en detonaciones de júbilo, si no se hubiera querido dar á la fiesta un carácter puramente provincial y popular.

La provincia tenía su particular orgullo en presentarse con la grata sencillez de sus costumbres y sus instituciones, lo que no impedía á los honrados provincianos conocer la grande utilidad de la obra que festejaban. Así al menos lo habían demostrado fácilmente por el número y calidad de los huéspedes á quienes habían invitado para esta solemnidad, entre los que se hallaban los señores Gonzalez Bravo, Lersundi, Madoz, Luzuriaga, todos ministros de la corona en diferentes épocas, los señores Osma y O'seha, presidente el uno y miembro el otro del consejo de administración de la sociedad de Crédito moviliario español, y además muchos señores diputados.

Los sentimientos de paz, de concordia y de solidaridad que despierta en todos los ánimos la inauguración de un ferro carril, se han manifestado en todas partes durante el día de que nos ocupamos en Tolosa y en San Sebastian, lo mismo en las cantatas que en las poesías que se compusieron *ad hoc*, y en los brindis y en los discursos que se propusieron y pronunciaron.

Efectivamente el banquete terminó con una larga serie de brindis, que á pesar de su duración no fatigó á ninguno de los convidados. ¡Qué de generosos pensamientos expresados con fácil palabra, espectáculo nuevo para la mayor parte del concurso! ¡Qué armonía entre todos á pesar de los diferentes matices políticos de los que en sus brindis manifestaban la alegría con que presenciaban aquel acto!

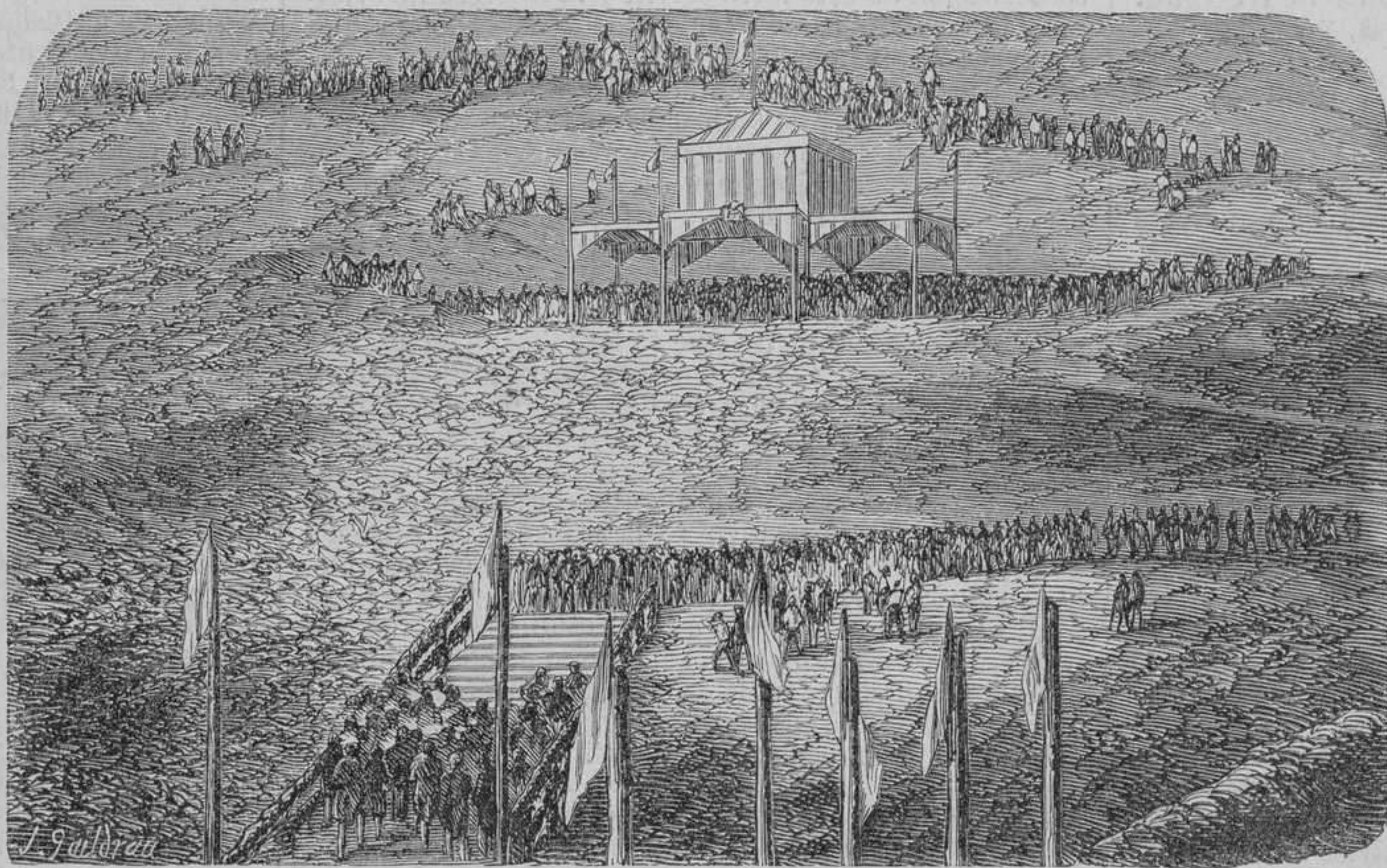
Todo esto prestó mayor encanto á lo que manifestaron cada cual á su vez los señores Madoz, Zavala, Mariátegui, Lasala, etc., etc., en la lucha de elocuencia que sostuvieron, lucha en la que alcanzó los honores el señor Gonzalez Bravo, un andaluz dotado, como la mayor par-



FERRO-CARRIL ESPAÑOL DEL NORTE. — LA CIUDAD DE TOLOSA.

te de sus paisanos, de un notable talento oratorio, que al final de una elocuente alocucion ardientemente aplaudida, ofreciendo la mano á uno de los franceses que asistian á la fiesta, brindó por la union de Francia y España. Mientras que todo esto sucedia en la casa del ayuntamiento, situada en uno de los extremos de la plaza de San Sebastian, la poblacion, alegre y satisfecha, ocupaba las ventanas de todas las casas y se hallaba reunida en la plaza espléndidamente iluminada, donde al compás del pito y del tamboril tradicionales, se escuchaban los aires y los cantos de la provincia.

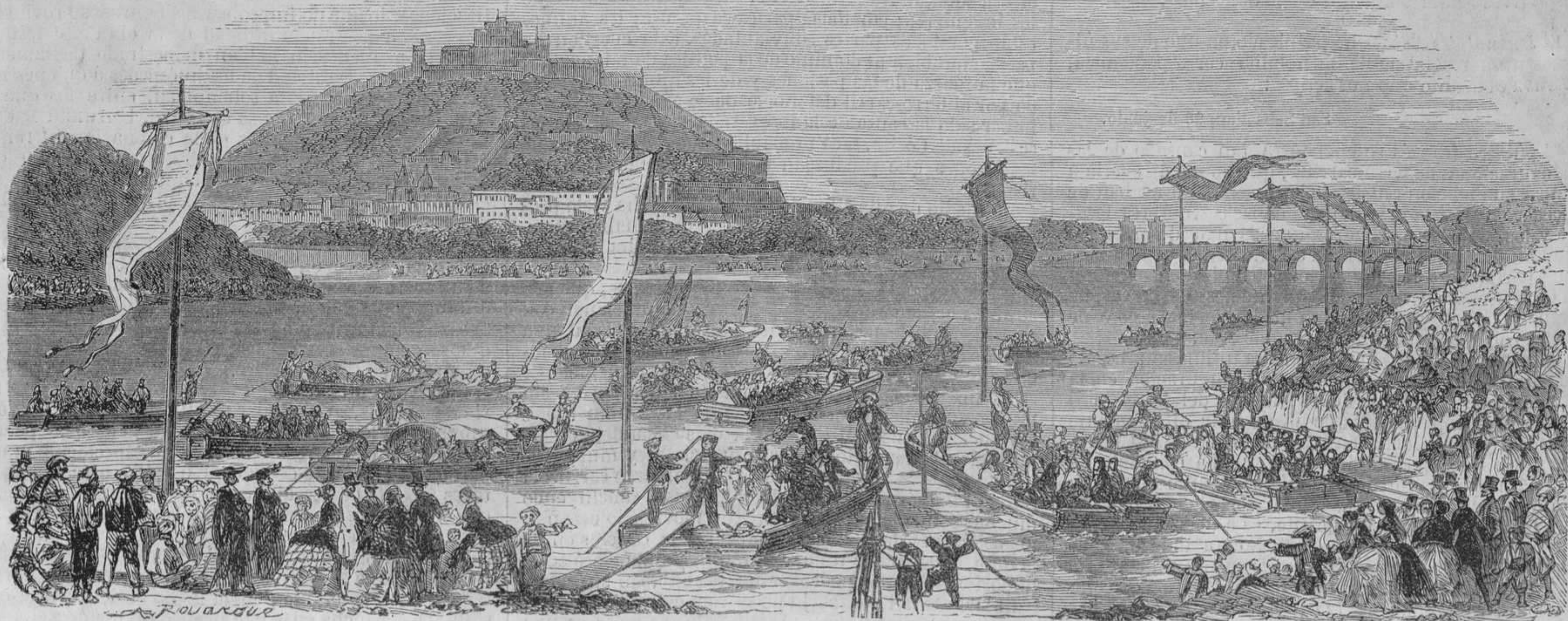
Era bien entrada la noche, y yo me paseaba en medio de los grupos de bailarines, admirando la sinceridad de su satisfaccion, el decoro y buen orden que reinaban entre la mul-



CEREMONIA DE INAUGURACION DE LAS OBRAS.

titud abandonada á sí misma, y entonces me acordé de la frase de Voltaire : « los vascongados son un pequeño pueblo que baila en la cumbre de los Pirineos. »

Solamente me decia, que si Voltaire hubiese vivido cincuenta años mas, habria probablemente añadido á su definicion algunas palabras en honor de los grandes y nobles ejemplos de sacrificios que los habitantes de las provincias han dado al mundo, cuando han tenido que defender la independencia nacional, y cuando mas tarde, y á pesar de una enorme desproporcion de fuerzas, se han visto en la necesidad de sostener el juramento que todo ciudadano vascongado presta á los veinte años, de combatir y morir por la defensa de los privilegios y de las libertades de su pais.



REGRESO DE LOS CONVIDADOS A SAN SEBASTIAN.